

JT

COM

T. 1254/25

C. 21645048



HISTORIA
VERDADERA, Y FAMOSA
DEL CID CAMPEADOR,
DON RODRIGO DIAZ DE VIVAR,

SACADA DE LOS MAS CELEBRES, Y GRAVISIMOS
Autores, y expurgada de varias fabulas, y mentiras que
trahen algunas Historietas, ó Romances antiguos, segun la
refieren los insignes Historiadores de España Don Pedro,
Conde de Barcelos, el Arcediano de Alcor, Sandoval, Ma-
riana, Berganza, y otros muchos, con la Historia Ge-
neral, y las Tablas del Regimiento de Palencia.


SU AUTOR DON HILARIO SANTOS ALONSO,
residente en esta Corte.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

En Madrid, en la Imprenta de D. Manuel Martin, calle de la
Cruz, donde se hallará, y otras diferentes. Año 1767.

ADVERTENCIA AL LECTOR.

Lector mio, la Historia que te doy es verídica, y fielmente sacada de Autores insignes, y los mas célebres de nuestra España en linea de Historiadores, como te los anoto arriba. Puedes sacar de ella mucho fruto, y doctrina; pues mi intencion no se dirige à otro fin, que à que te divierta algunos ratos, y asimismo te edifique, y doctrine, como lo verás por la presente, y otras que te daré, queriendo Dios darnos salud, á ti para leerlas, y á mi para escribirtelas. VALE.



RESUMEN DE LA HISTORIA.

NACIMIENTO, Y CRIANZA DEL CID. VARIAS Batallas en que se hallò de joven, que no se numeran entre las setenta y nueve que ganó à los Moros. Lo que ejecuta el Cid en la muerte alevosa que dieron al Rey Don Sancho. Primer destierro del Cid. Desafio del Cid con el Conde de Gormaz. Batalla del Cid en Atienza. Librase el Cid de una traycion. Libra el Cid à España del tributo de los Emperadores. Toma el Cid juramento al Rey Don Alonso, y segundo destierro. Aviso favorable que tuvo el Cid del Cielo. Coge con estratagemas el Castillo de Alcocer. Ofrecele sueldo el Rey Moro de Toledo. Cerca el Cid en el Castillo de Alcocer, sale, y mata treinta mil Moros. Distribuciones piadosas que hizo el Cid con los despojos, y presente al Rey Don Alonso. Tributos que dan al Cid los Moros, y sueldo el Rey Moro de Zaragoza. Batalla famosa que dió el Cid al Rey de Denia, al de Aragon, y al Conde de Barcelona. Levantase el destierro al Cid, y coge con el Rey à Toledo. Es hecho Governador de Toledo, y funda la Cofradia

4
de la Vera Cruz. Pone el Cid en posesion de Valencia al Rey Moro de Toledo despues de vencido. Tercer destierro del Cid. Coge á Valencia. Embia por su familia, y hace un gran presente al Rey Don Alonso. Famosisimas batallas que venció en Valencia á los Moros, y una capitaneada de veinte y seis Reyes Moros. Cosamiento de las hijas del Cid con los Infantes de Carrion, y despues con los de Navarra, y Aragon, con todos los sucesos acontecidos con aquellos. Recibe el Cid aviso del Cielo de su muerte, y como vence yá muerto un Ejercito capitaneado de treinta y seis Reyes. Dejan á Valencia, y vienen con su cuerpo á Cardaña, donde le dieron sepulcro honroso.

TUVO su esclarecido origen nuestro Cid Campeador, Don Rodrigo Diaz de Vivar, del tronco illustre, y linage honroso de Lain Calvo, Juez primero de Castilla, que bajando su descendencia de tan clarificada rama al nobilissimo varon Don Diego de Laynez, padre del Cid, tuvo este por hijo á nuestro Don Rodrigo Diaz de Vivar, que por ser Señor de la Villa de Vivar, dos leguas de la Imperial Ciudad de Burgos, fue llamado de esta manera: y asimismo fue llamado Cid, que es lo mismo que Batallador, y Campeador, por las muchas batallas que ganó á los Moros. Quando murió el Padre de este insigne Heroe Don Diego Laynez, llevó para su Palacio el Rey D. Sancho de Castilla á Rodrigo Diaz de Vivar: crióle, y le hizo Cavallero, armandole al estilo de aquellos tiempos.

Llevóle consigo el Rey á Zaragoza; y quando Don Sancho lidió en Grados con el Rey D. Ramiro, en aquella insigne batalla empezó nuestro Cid á demostrar su valor, y arrogancia sobre las armas; pues hizo en aquella lid tales proezas, y hazañas, que admiró á todos los Cavalleros que le acompañaban, y asistian á la empresa,

y al Rey Don Sancho le enamoró tanto su bizarría, y gentileza, que volviéndose con él á Castilla, fue con demasía lo que le amó, y honró por lo hecho, y por los grandes, y valerosos esfuerzos que pronosticaba su bizarra juventud; y así le concedió luego que llegó el honorífico Título de Alferéz, lo qual sirvió de incentivo para que el gallardo mancebo de allí adelante se esforzase mas y mas en las Vanderas de Marte.

Hizo al lado de su Rey Don Sancho tales hazañas en su juventud nuestro ilustre Campeador, que admiran, y pasman á todos; porque quando este Rey lidió con el Rey Don García, su hermano, en aquella célebre batalla de San-Aren, viendo, que en lo mas esforzado de la pelea havian cogido preso á su Rey, y que Don Garcia le llevaba maniatado, cogió una corta partida de Soldados, y con ella fue en su séguimiento: que haviendose encontrado con la gran comitiva, y resguardo, empezó á chocar con todos, y cayendo allí unos, y dejando caer á otros, no paró hasta coger á su Rey, y su Señor libre de los que le llevaban, y traherse consigo preso al Rey Don García, que era el que le havia prendido. O qué accion tan heroyca, y digna de entallarse en laminas de bronce! No se singularizó menos nuestro Cid quando peleó dicho Rey Don Sancho en la batalla de Golpillera, cerca de Carrion, con Don Alfonso su hermano; pues segun todas las Historias refieren, el que mas se especificó fue Don Rodrigo Diaz de Vivar. Pero sobre todo, en aquella ocasion, en que el Rey Don Sancho cercó á su hermana en Zamora, como diré, segun lo refiere un Autor, llamado el Padre Fray Juan Gil Zamorense.

Bellido Delfos, viendo, que Arias Gonzalo discurría en sacar á la Infanta Doña Urraca de Zamora, y llevarla á Toledo, halló modo de poder entrar á grangear

la voluntad de esta Princesa, y explicarse mas fino que Arias Gonzalo. Entró Bellido Delfos à hablar à la Infanta Doña Urraca, y la aseguró, que él solo dispondria como Don Sancho descercase la Ciudad. La buena Señora le dió licencia para que se aprovechase de su industria; pero advirtióle, que no se valiese de medios que dicta la alevosía. Explicóse primero Bellido Delfos contrario à la determinacion de Arias Gonzalo, y discurrió como provocar à los hijos, que salieron tràs él: pero como yá lo tenia tramado, salió de la Ciudad antes que le pudiesen alcanzar, por tener él yá prevenidas las Guardas de las puertas, que à no ser asi, le huvieran muerto, porque le siguieron rabiosos por lo que les havia dicho. Llegó à la Tienda del Rey Don Sancho muy fatigado, à quien engañó con buenas palabras, diciendole se havia salido de la Ciudad, y del servicio de la Infanta por haverse contrapuesto à lo que Arias Gonzalo, y sus hijos determinaban hacer con Doña Urraca de llevarla à Toledo.

El buen Rey le creyó, aunque repetidas veces los de Zamora le procuraron desengañar. Don Sancho le agasajó, y le ofreció honrado premio si le cumplia la palabra de ponerle en parage de ganar la Ciudad de Zamora. Una tarde, estando con el Rey, le dixo: Señor, si os parece, esta tarde podiamos los dos solos pasar à registrar los muros, y enseñaré à V. M. el postigo que llaman de la Reyna, por dondè entrando una noche con cien Cavalleros, podremos apoderarnos de la Ciudad. Dando la buelta à los muros el Rey, se vió precisado de una necesidad natural, y desmontando del Cavallo, dió el venablo à Bellido Delfos, retirandose à la parte mas oculta, cerca de la Ermita de Santiago. Bellido, acercandose, como traydor, le atravesó de parte à parte, de

modo , que entrando el venablo por los riñones , apuntó á salir por los pechos , segun dice la Historia del Monasterio de Oña , donde fue enterrado por deposicion de los que vieron el cuerpo entero quando le sacaron de la primera sepultura , que estaba á la puerta de la Iglesia.

Entonces Bellido Delfos , montando en su Cavallo , y picandole á rienda suelta , comenzó á huir ácia la Ciudad. Advirtió el Cid de lejos la fuga arrebatada , y con la sospecha que yá de él tenia , comenzó á tener recelos de que havia ejecutado alguna traycion. Montó el Cid pronto en su Cavallo , desprevenido de espuelas , y fue en su seguimiento. Viendo , que no podia darle alcance , dixo : *O mal baya Cavallero , que sin espuelas cavalga.* No obstante , arrojóle la lanza , y le alcanzó á herir al entrar por el postigo. Acudió el Cid donde havia quedado el Rey , y al vér que estaba muy mal herido , intentó una y otra vez bolver á Zamora , y entrar por las lanzas de los Zamoranos hasta matar al alevoso : pero los Condes amigos le detuvieron , viendo , que su persona , y de tanta importancia , corria peligro , y como á lo hecho yá no havia remedio , y que otra cosa , porque convenia que asistiese á la persona Real en aquel trance tan lastimoso , en que bien dispuesto , y con grande arrepentimiento de sus culpas , entregó su alma á su Criador.

Dió lugar el fracaso á que hiciese Testamento , y se mandó enterrar en el Real , y magnifico Monasterio de San Salvador de Oña , de Monges Benedictinos , al qual dotó en grande manera. Pidió perdon á sus hermanos delante de los Condes , y Prelados , y les encargó , que suplicasen al Rey Don Alonso , su hermano , que atendiese al Cid , y que considerase , que quanto havia ejecutado provenia de la grande lealtad que profesaba á su Rey ; y asi , que estuviere cierto , que con la misma ser-

viria al Señor que tuviese. Verdaderamente, que si Don Sancho huviera tomado los consejos del prudente Campeon el Cid, no se huviera visto en aquel conflicto infausto, pues claramente le desengañó del buen éxito de aquella empresa, de querer echar de Zamora á su hermana Doña Urraca: pero este desengaño le costó á nuestro Don Rodrigo Diaz de Vivar una grande desazon, pues el Rey le desterró, no obstante, que le levantó luego el destierro, como persona que tanta falta le hacia. El caso aconteció de esta manera.

Viendo el Rey Don Sancho la resistencia de su hermana en no quererle ceder la Ciudad de Zamora, para lo qual la daba otras posesiones, determinó por su persona registrar los muros; y advirtiendolo, y reconociendolo, que no podia tomar la Ciudad sin pérdida de mucha gente, deliberó enviar al Cid para que persuadiese á Doña Urraca le cambiase á Zamora por otros Lugares esentos de los temores de las correrias de los Moros; y que si no venia en este Tratado, la asegurase, que la quitaria la Ciudad por fuerza. El Cid, advertido, y prudente, como tambien por la mucha estimacion que hacia de Doña Urraca, procuró escusarse, diciendo: *No ignora V. M. las muchas atenciones con que debo respetar á la Infanta, vuestra hermana. Otros Cavalleros hay que pueden cumplir muy bien con vuestras ordenes.* El Rey respondió, que eran mayores las obligaciones con que debia mirar á su Señor, pues le havia constituido en la mayor dignidad de su Palacio, y que le havia dado mas de lo que importaba un Condado, en que le havia satisfecho muy bien sus servicios. Añadió, que havia puesto en su persona los ojos, porque esperaba de su grande lealtad, prudencia, y afecto que le tenia su hermana, que lo compondria de modo, que no se veria obligado á llegar al estremo de tomar las armas.

Precisado el Cid, salió á ejecutar la Embajada, y dixo á Doña Urraca: *Señora, el Mensagero no obra por sí: debese atender al carácter que trabe, y en él no se debe mirar otro respeto, que el de la obediencia, en que no cabe culpa; y así, Señora, diré con vuestro permiso el encargo que vuestro hermano, y mi Rey, ha mandado os represente de su parte, que se reduce, á que vos, Señora, le deis la Ciudad de Zamora, que S. M. entregará por ella á Medina de Rioseco con el Infantazgo, desde Villalpando hasta Valladolid, y el Castillo de Tiedra, afianzando con juramento de doce Cavalleros, de que jamás contravendrá al trato.* Oyó la Infanta al Cid con pesar de que Rodrigo Diaz huviese sido el instrumento de pena tan crecida. Satisfizo el Cid á las quejas en quanto daba lugar el sentimiento.

La Infanta Doña Urraca, á persuasion de Arias Gonzalo, dió orden para que se juntasen los Principales de la Ciudad, para proponer en la Junta la Embajada que había recibido de su hermano el Rey Don Sancho. El Conde Don Nuño Alvarez se levantó, y dixo, que por ningún modo debia feriarse la Ciudad, á quien siguieron los demás Señores, y á una voz respondieron, que estaban prontos á defender á su Señora, y á sus Estados con sus vidas. El Cid, que se halló en la Junta, se alegró mucho de la resolucion de los Zamoranos, y se huviera quedado en servicio de la Infanta si no huviera jurado la obediencia á Don Sancho. Doña Urraca dixo al Cid: Rodrigo Diaz, yá haveis oido mi dictamen, y el de mis Vasallos. Bien sabeis, que os criasteis en los Palacios de mis padres; que estuvisteis á la educacion de Arias Gonzalo; y que fuisteis parte para que mi padre me dejase esta Ciudad: y así os encargo hagais los buenos oficios con mi hermano, para que desista de su pretension; y si no pudieris disuadirle, decid lo que haveis oido.

B Con

Con esto se despidió el Cid, y bolviendo al Campo, hizo relación al Rey de la resolución en que estaban los Zamoranos. Preguntó Don Sancho al Cid: Qué era lo que le parecia, y qué resolución sería mas conveniente tomar? Respondió, que le parecia mas conveniente, que su Magestad desistiese del intento, porque era el fin dudoso, y cierta la pérdida de muchos Soldados, que podian emplearse en hacer guerra á los Moros, y en estender los dominios de la Ley Evangelica, y que quando llegase á tomar la Ciudad, no havia adquirido gloria en haver rendido á una muger. Parece, que le hablaba Rodrigo Diaz al alma al Rey, y muy acertadamente; y que si huviera tomado este sano y Catholico consejo, no huviera dado lugar á que el traydor Bellido Delfos le huviera muerto tan miserablemente.

Oído el dictamen del Cid, se desagradó mucho el Rey, y llegó el enfado á tanto, que por presumirle inclinado al partido de Doña Urraca, le dixo: *Que no necesitaba de Vasallos que le governasen; y asi, que dentro de nueve dias saliese de sus Reynos.* El Cid dióse por sentido; y como las palabras cayeron en corazon sobre inocente constante, fuese á su tienda, convocó á sus parientes, y amigos, contóles lo que le havia pasado con el Rey, y les dixo, que estaba resuelto à marchar á Toledo, donde estaba Don Alonso. Todos sus aliados aprobaron su resolución; y habiendose juntado mil y doscientos Cavalleros, llegó aquella noche á Castro Nuño, cerca de Toro. Quando los Condes Castellanos supieron, que el Cid marchaba desterrado con los de su partido, pasaron á estar con el Rey, y le representaron, que advirtiese lo que hacia en desapropiarse de un Cavallero à quien debia la Corona, porque podia temer, que el Rey D. Alonso con la ayuda del Cid bolviese á recobrar la Corona de Leon.

Conoció Don Sancho el yerro, y para soldarle, mandó á Don Diego Ordoñez, que fuese en su alcance, y que procurase desenojarle, ofreciendo de su parte decorosa satisfaccion. Partió luego Don Diego, y alcanzó al Cid entre Castro Nuño, y Medina del Campo. Recibiendole el Cid con buen semblante, le preguntó, que adónde se enderezaba su jornada? Don Diego respondió, que no á otra parte, que á verse con su persona, y á decirle de parte del Rey, que bolviese á su campo, y que le prometia la estension de sus Estados, y la conservacion en el primer oficio de Palacio. Consultó el Cid con sus amigos, que era lo que convenia hacer? Y todos á una voz fueron de sentir, que diesen la buelta para el campo. Con esto Don Diego bolvió luego á dar aviso al Rey, de que se alegró tanto, que le salió á recibir con demostraciones de mucho gozo, y contento. Los Zamoranos no se alegraron mucho con esta buelta del Cid, porque havia cobrado tanto cuerpo su fama, que se estaba en juicio, que al brazo del Cid estaban vinculadas las victorias.

Luego que llegó el Cid al campo de Zamora puso el Rey Don Sancho cerco á la Ciudad, y la empezó á combatir; y un día, andando Rodrigo Diaz con solo su escudero cerca de los muros, se determinaron salir á él catorce Cavalleros: hizoles frente, y acometiendoles con su valor, dejó á sus pies quatro, y obligó á los demás á que huyesen. La Historia General dice, que los Cavalleros fueron trece; que dejó sin vida á uno, y desbarató á los demás. Otra Relacion antigua dice de esta manera: *Quando cercó el Rey Don Sancho á Zamora, alli se combatió mucho Roi-Diaz, é desbarató gran compañía de Cavalleros, é prisó muchos de ellos.* Luego de alli á poco sucedió el desastre que llevamos referido del Rey Don

Sancho, quando le mató el malvado traydor de Bellido Delfos.

Mas bolviendo á otras muchas hazañas que este Heroe Campeador ejecutó, no son menos otras que se hallan en su Historia, y en la General; porque habiendo tenido ciertas diferencias con Don Gomez, Conde de Gormaz, se desafiaron los dos Cavalleros; y habiendo salido al campo, segun el estilo de aquellos tiempos, pues las mas de las lides, y controversias se decidian con desafios, en este salió victorioso el Cid, dejando alli muerto al Conde. Por este mismo tiempo aconteció, que los Moros Governadores de las Fronteras, que en aquellos Siglos se intitulan Reyes, entraron por tierra de Lara, y llegaron á los montes de Oca, donde hicieron grandes presas de cautivos, y de ganados. Noticioso el Cid, juntó quantos Soldados pudo, y les salió al encuentro. Desvaratóles, y trajo cautivos á los quatro Reyes á su Señorío de Vivar, á los quales dió libertad á instancias de Doña Teresa su madre, habiendoles tomado primero juramento de vasallage, y de que le pagasen tributo. La presa que llevaban los Moros hizo el Cid que fuese restituida á sus dueños. El Historiador Berganza, que manejó muchas Escrituras antiguas, y el Conde de Barcelos, que se desveló mucho tambien en buscar antiguas Memorias, entre las que encontraron, pone esta por la primera: *Este Cid Rui-Dias venció cinco Reyes Moros en una hora.*

Despues de estas refriegas, devoto Rodrigo Diaz de Vivar, determinó ir á visitar el Sepulcro del Santo Apostol Santiago en compañía de veinte Cavalleros amigos, en cuyo camino le aconteció un caso maravilloso, nacido de su mucha piedad, y caridad. Acaecióle, pues, que yendo caminando llegó á un parage donde encontró un pobre leproso estancado en un lodazal, que á grandes

voces pedia á los transitantes que le favoreciesen. Compadecido el Cid Campeador de aquel afligido, y miserable, se apeó del cavallo, y dandole la mano, le sacó del atolladero, y le puso á las ancas de su cavallo. O noble, y Catholica piedad! No paró aqui su clemencia, y caridad; porque haviendole llevado á la posada, le mandó limpiar, y dió orden, que le pusiesen en su quarto, y al tiempo de cenar le sentó á su mesa, y á su lado, instandole con mucho cariño à que comiese, haciendole él mismo los platos. Los demás compañeros, que esto veían, se desabrian demasiado, y llegaron á hacer del pobre, y de lo que el Cid ejecutaba grandes ascos. Aun no estuvo en esto solo la gran compasion del piadoso Rodrigo Diaz de Vivar, porque dispuso se hiciese una gran cama con ropas muy limpias, y preciosas, y haviendo desnudado al pobre leproso, le metió en la cama, y luego se acostó con él.

Quedóse luego dormido el Cid, y à breve rato sintió entre sueños, que un grande aliento havia atravesado su pecho. Despertó espavorido: vióse sin el pobre en la cama: congojóse mucho, y saltó de ella al punto á buscarle por toda la posada con sus criados, y luces: pero no haviendole hallado, se bolvió muy desconsolado á su cama. Despidió á sus criados para que se fuesen á reposar, mandando, que le dejasen la luz encendida. Hallabase ya solo, y entrando en consideracion de lo que le havia sucedido, á este mismo tiempo se le apareció un hombre de bueno, y venerable aspecto, con vestiduras resplandecientes, que despedian de sí un olor suavísimo, y de los Cielos, el qual le dixo: *To soy Lazaro, amigo mio, el mismo con quien ejecutaste la caridad de haverme sacado del barranco, y de haverme regalado, y dado tu cama. Buelvo à pagarte tanta caridad, y afectos de com-*

pasion , y á decirte , que en premio de haverle vencido á rí mismo con tantos extremos de misericordia , Dios te concede , y dice , que serán muchos los reencuentros que tendrás con tus enemigos ; pero de todos ellos saldrás victorioso , y en especial estarás cierto , que triunfarás de tus contrarios , quando sintieres en tu pecho el ardor que experimentaste en mi aliento. Con seguridad podrás entonces acometer á los que te hicieren guerra , que por muchos que sean conseguirás la victoria. Aconsejote , que prosigas en hacer obras de piedad , que con eso segura tienes la bendicion de Dios. Con esto se desapareció San Lazaro , y dejó el aposento lleno de olor suavísimo , y el Cid se levantó á dár gracias á Dios , y á encomendarse á la Sacratísima Virgen Maria , con quien tenia especial devocion.

A primera vista parece increíble este suceso , y que es con demasía ponderado ; pero á mi no se me hace repugnante , considerando el Poder de un Dios , y los muchos prodigios que tiene obrados semejantes á este con aquellos que ejercen la compasion , y caridad con sus pobres. Además , que esta maravilla la encuentro en el curiosísimo Historiador Berganza , en su Tomo primero de las Antigüedades de España , donde recoge memorias , y Escrituras antiguas , muy preciosas , y las afianza con razones muy fuertes , y este suceso con mas especialidad , de la manera que veréis.

Dice este grave Historiador : „ Que el lance es des-
 „ pique de la inhumanidad que el Rico Avariento usó
 „ con el pobre Lazaro , negandole las migajas que se
 „ desperdiciaban en su opulenta , y opípara mesa , sin
 „ tener compasion de verle leproso , y tan lleno de lla-
 „ gas. Hemos de creer , dice , que haya havido lugar en
 „ pecho humano á inhumanidad tanta , y se nos ha de ha-
 „ cer increíble , que hubo corazon capaz de recibir en

„ sí tanta compasión? Hemos de persuadirnos, que los vi-
 „ cios son mas eficaces para precipitar á los hombres á lo
 „ malo , que fuertes las virtudes para empeñarlos á em-
 „ prender lo bueno? Por este mismo tiempo, si no fue en
 „ el mismo año , el Papa Leon IX. de la nobilissima Casa
 „ de los Condes de Dilingen , y Abspurg , habiendo vis-
 „ to un leproso al entrar en su Palacio , tuvo de él tanta
 „ compasión, que mandó, que le subiesen á su Camara, y
 „ que le acostasen , y curasen en su propia cama. Eje-
 „ cutóse asi ; y yendole á vér el Santo Pontifice el dia
 „ siguiente por la mañana , no le halló por haverse des-
 „ aparecido. Por los mismos años , Hurnaldo , Monge
 „ de la Observancia Cluniacense , y Abad de Moysac , vi-
 „ niendo á Navarra , quiso hospedarse con un pobre le-
 „ proso , y llagado : dióle la tunica de pieles que tra-
 „ hía , y quedó sano ; cuyo suceso refiere el P. Mavillon.
 „ Pero el mas especial suceso es el que trahe San
 „ Gregorio el Magno en su Homilia 39. sobre el Evan-
 „ gelio. Martyrio , Monge , habiendo encontrado en el
 „ camino á un leproso sumamente asqueroso , y llagado,
 „ compadecido de él , echó su manto en el suelo , y co-
 „ giendo al pobre , le embolvió con él : mas poniendo-
 „ le sobre sus hombros , marchó con él hasta el Monas-
 „ terio. Yà proximo á este , le alcanzó á vér el Abad que
 „ venia cargado con su pobre , y al instante llamó muy
 „ gozoso á los demás Monges , diciendoles : *Mirad , y*
 „ *venid á vér nuestro Monge Martyrio , que trahe acuestas á*
 „ *nuestro Redentor Jesus.* Luego que llegó San Martyrio
 „ á la puerta del Monasterio , saltó el leproso de los hom-
 „ bros , y se transformó en forma de Christo , y al punto
 „ le vió subir á los Cielos , diciendo el Señor : *Tu no tu-*
 „ *viste empacho en levantarme de la tierra leproso , y llagado,*
 „ *yo tampoco le tendré en levantarte á la Gloria de mi Em-*
 „ *pi-*

„ *pireo.* Bajó luego el Abad, y todos los Monges á recibir-
 „ los con sumo gozo, y alegría, y al llegar á la Porte-
 „ ria se les mudó en desconsuelo el gozo, porque solo
 „ encontraron á San Martyrio como pasmado, y pesaro-
 „ so. Dixole el Abad: Martyrio, dónde está el pobre
 „ que trahias sobre tus hombros? *Ay, Padre mio, que*
 „ *ese Pobre era el mas Rico, y Poderoso del mundo! Ese Pa-*
 „ *bre era Jesu-Christo, que luego que llegó conmigo á este si-*
 „ *tio, saltando de mis hombros, se me transformó en Jesus,*
 „ *mi Redentor, y empezando á elevarse á los Cielos, me dixo:*
 „ Tu no tuviste empacho en levantarme de la tierra lepro-
 „ so, y llagado: yo tampoco le tendré en levantarte á
 „ la Gloria de mi Empireo: *y elevandose luego con suma*
 „ *presteza, no le bolví á ver mas.* Decia despues este San-
 „ to Varon con mucha gracia: O, *si yo huviera sabido*
 „ *quien era, no huviera aguardado á que se me escapase.*

„ Estos, y otros sucesos mayores se cuentan en las
 „ Historias, que ejecutó la caridad: luego qué repug-
 „ nancia se puede hallar en lo acontecido con Rodrigo
 „ Diaz de Vivar? La devocion que el Cid tuvo despues
 „ con San Lazaro dá á entender, que fue cierto el suce-
 „ so. Mandó, que de las propias casas que tenia en Pa-
 „ lencia se hiciesen una Parroquia, y un Hospital, dedi-
 „ cándolos á San Lazaro. En el Hospital instituyó una
 „ Cofradia de Cavalleros, para que mirasen, y cuidasen
 „ de los pobres lacerados, la qual renovó Don Alonso
 „ Martinez de Olivera, preciandose de tener sangre del
 „ Cid en sus venas, como parece por su Testamento, y
 „ por un Privilegio del Rey Don Fernando Quarto, des-
 „ pachado año de mil doscientos y noventa y seis. La
 „ promesa que San Lazaro hizo al Cid sobre que sería
 „ afortunado en los sucesos marciales claramente lo ma-
 „ nifiestan en los efectos de sus victorias maravillosas;

„ pues

„ pues á no ser así , parece imposible , que huviese con-
 „ seguido tantas empresas tan difíciles , en que comba-
 „ tió muchísimas veces , siendo los suyos pocos , con
 „ Ejercitos quantiosísimos. „ Hasta aquí el Historiador
 Berganza en el lugar citado. Sirvan los exemplares pre-
 sentes de incitativo á los piadosos para socorrer á los po-
 bres , tan amados de un Dios , que él mismo se trans-
 forma muchas veces en pobre para premiar aun en esta
 vida à los caritativos , y compasivos la caridad , y compa-
 sion que con ellos practican.

Despues de la Romeria que el Cid Campeador hizo á
 Santiago de Galicia , cuentan la Historia General , y otras
 Historias , que Rodrigo Diaz de Vivar lidió en Campo
 con el valeroso Cavallero Martin Gonzalez sobre averi-
 guar si pertenecia la Ciudad de Calahorra á Castilla , ó á
 Aragon. Salieron los dos esforzados Adalides al Campo ;
 y á vista de los dos Ejercitos Castellanos , y Aragoneses ,
 emprendieron la pelea , que fue muy reñida , como tan
 diestros , así el uno como el otro. Peleaban con gran
 destreza , y valor , Don Martin Gonzalez por el Rey D.
 Ramiro de Aragon , y nuestro Cid Campeador por el Rey
 Don Fernando de Castilla : mas por ultimo consiguió la
 victoria el valeroso , é invencible Rodrigo Diaz de Vivar ,
 y se declaró por perteneciente á la Corona de Castilla la
 insigne Ciudad de Calahorra.

Hallabase despues de esto el Rey Don Fernando des-
 embarazado de los recelos en que le tuvo su hermano D.
 Garcia , y que yá havia ganado las voluntades de sus
 Vasallos ; por lo que viendo asi desahogado , trató de
 prevenirse para expugnar , y hacer guerra á los Moros.
 Estando el Rey en Galicia , unas quadrillas de Mahome-
 tanos se atrevieron á correr la tierra de Estremadura
 Castellana. Los Christianos , noticiosos del valor con
 que

que el Cid acometia á los Moros , le avisaron , que los fuese á socorrer. Rodrigo de Vivar juntó luego sus parientes , y amigos , y todos bien prevenidos , salieron á encontrarlos: hallaronlos entre Atienza, y San Estevan de Gormaz, y luego los acometieron con tan grande acierto , que los venció, dejando á muchos muertos en el campo ; y yendo en alcance de los que havian buuelto las espaldas , los siguió hasta siete leguas : alcanzólos , y les cogió la presa , y vagage que llevaban. Partióla el noble, y generoso Campeador , que fue tan grande , que tocó al quinto doscientos Cavallos , que se estimaron en cien mil maravedises , á los quales llama marcos la Historia General. Siguióse á esto , que el Rey Don Fernando , habiendo juntado un poderoso Ejercito , partió desde tierra de Campos á tierra de Portugal , donde se apoderó de muchos Castillos , y las Plazas de Sena , y Viséo , con ánimo de vengar en esta Plaza la muerte del Rey D. Alonso su suegro. Halló en los sitiados gran valor en defenderla : pero por ultimo , fue cogida , y hallando dentro al Moro , que con la saeta mató al Rey Don Alonso , mandò , que le cortasen ambas manos. Mostróse en esta conquista mucho el esforzado valor del Cid.

Viendo los émulos de nuestro Don Rodrigo Diaz de Vivar , que cada dia crecia mas el aplauso , y estimacion del Campeador , escribieron algunos Condes á los Reyes Moros , Vasallos del Cid , que á tres de Mayo entrasen por los Lugares de Castilla , porque en ese tiempo el Rey Don Fernando estaria en Galicia , y que el Cid saldria á la defensa , y ellos con él , y que al mejor tiempo de la batalla se bolverian contra Rodrigo Diaz , para que quedase muerto en el campo. Los Moros , preciados mas de hombres de su palabra , que los Condes de su nobleza , y Christiandad , embiaron las proprias Cartas al Cid ,
las

las quales leídas, pasó á poner en manos del Rey D. Fernando, quien se pasmó de que en corazones Christianos cupiese envidia tan malévola, y tan perjudicial á la Ley de Dios, y á la Patria. Bolvió el Rey sobre sí; consideró los graves daños que tan perversos hombres causan en la República, y los arrojó, y desnaturalizó de todos sus dominios. Uno de los Condes se llamaba Don Garcia, el qual estaba casado con una hermana de la muger del Cid, á quien la Historia impresa de este la llama Elvira, y la General Doña Teresa. Esta Señora, conociendo la clemencia, y benignidad del Cid, pidióle por merced, que le diese carta para alguno de los Reyes sus tributarios, y el Cid escribió al Rey de Cordova, quien por sus respetos le recibió, y le señaló la Villa de Cabra donde viviese.

Llegó la ocasion de que los Mensageros de los Reyeszelos Moros, Vasallos del Cid, viniesen á reconocer el vasallage, y pagarle el tributo. Fueron á besarle la mano, y les mandó, que fuesen á besarsela al Rey D. Fernando; y despues, puestos tambien de rodillas, se la besaron á él, diciendo: *Mio Cid*. Cayó tan en gracia al Rey esta expresion de aquellos Mensageros, que mandó, que en adelante le llamasen á Rodrigo Diaz de Vivar *Mio Cid*, *Rui-Diaz*. El Cid quiso dár el quinto del presente, y del tributo al Rey Don Fernando. Mostróse el Rey muy agradecido de su liberalidad, y generosidad noble, pero no le quiso recibir, quedando muy prendado entonces de su noble, y fiel corazon.

Siguióse de alli á pocos dias, que el Emperador Enrique III. pretendió, que el Rey de España tributase el feudo que alegaba se le debia como á Emperador, para lo qual embió su Legacia al Concilio Turonense, en que presidia el Cardenal Ildebrando, que despues, siendo Pon-

tífice, se llamó Gregorio VII. Hizo también la representación el Emperador al Papa Víctor II. de la obligación que el Rey de España tenía á pagar el feudo que los Reyes deben á los Emperadores. El Papa, obligado de Enrique, expidió su Breve, y le remitió al Rey Don Fernando. Consultó el Rey á los Condes, y Grandes del Reyno sobre lo que debía hacer. Los Señores, considerando, que aunque el Emperador no procedía con justificación, mas considerando las urgencias presentes, aconsejaron al Rey, que convenia ceder á la fuerza del Imperio; y así quedó acordado, que se diese cumplimiento á la pretension del Emperador.

No se halló en el Congreso el Cid por haver venido á Burgos. Haviendo buuelto á la Corte, considerando D. Fernando los grandes talentos del Cid, le consultó, y pidió su parecer. Rodrigo Diaz, aunque informado del consejo que havian dado los Grandes, respondió abiertamente: *Señor, el Rey de España por ningun modo debe pagar tributo al Emperador. Qué socorro han enviado los Emperadores para la expulsion de los Moros? No es punto de V. M. que mientras vuestra mano empuña el Cerro, y vuestra cabeza mantiene la Corona de España, comience á ser feudataria. Y así, Señor, los Reyes Moros Vasallos vuestros os darán hasta cien mil Cavalleros. Aquí estoy yo, que abriré el camino, y marcharé por vuestro aposentador á la frente de mil y novecientos Cavalleros, amigos, y parientes míos.*

El Rey, agradecido, siguió el parecer del Cid, y luego al punto suplicó del Breve al Papa, diciendo, que los Christianos Españoles á costa de su sangre havian recuperado sus Reynos, y que si en algunas ocasiones havian entrado algunos Emperadores en los terminos de España havia sido para agregarlos á la Corona de Francia: y así, que al mismo precio de su sangre estaban los

Españoles en defender su libertad. Escribió tambien al Emperador, diciendo, que la pretension en que le havian puesto no iba bien fundada; y asi, que le suplicaba, que no le estorvase hacer guerra á los enemigos de la Religion Catholica, y estender el Imperio de Christo; y que si no desistia de la pretension, estaba pronto para ir á responder con las armas en la mano.

Mientras iba la respuesta, no se descuidó el Rey en prevenirse, y comenzó á marchar con ocho mil y novecientos Cavalleros. Iba delante el Cid abriendo camino, y habiendo pasado los Pirineos, se alteraron de modo los Franceses, que comenzaron á negarles los bastimentos: pero el Cid, talando los campos, les obligó á dár por fuerza lo que havian reusado dár por el debido precio. Salió al encuentro el Conde Raymundo, Governador de Saboya, con veinte mil Cavalleros, y sobre asentar el Campo se rompió una batalla en que fue vencido, y preso el Conde con otros muchos de su partido. Noticioso el Papa, y el Emperador del valor de los Españoles, y determinacion con que se iba acercando el Rey Don Fernando, como tambien de los esfuerzos, y hazañas que proseguia obrando su gran Capitan el Cid Rodrigo Diaz de Vivar, embiaron á decir, que se podia bolver, que le reconocian esento del feudo que se le havia pedido.

Consultó el Rey al Cid, y á los demás Cavalleros, qué se havia de hacer en este caso: y se resolvió, que el Conde Don Rodrigo Diaz, el Asturiano, y Alvar Fañez, pasasen á estar con el Papa, y el Emperador, para representarles, que el Rey de España estaba determinado á no retirarse hasta que se decidiese su causa en justicia. El Papa envió á Ruperto, ó Roberto, Cardenal de Santa Sabina, con otros Cavalleros que vinieron de parte

te del Emperador, los quales habiendo tratado el punto, se resolvió la causa á favor de la Corona de España, y desde entonces quedó el estilo de llamar al Rey de España *Par del Emperador*, que es ser igual al Emperador. Tanto como esto importaba, que al lado de los Reyes estuviesen animos del celo, y valor del Cid: pues verdaderamente, si este grande hombre no huviera ocurrido à este suceso estuviera España tributaria de los Emperadores. El Conde de Barcelos individuà mucho mas esta jornada del Rey Don Fernando, y el Cid á Francia, y no menos otros Historiadores.

Pasando yá mas adelante las cosas, como tambien la muerte del Rey Don Sancho, de que yá hemos hablado, y asimismo el seguudo casamiento del Cid con Doña Ximena Diaz, sobrina del Rey D. Sancho, é hija del Conde D. Diego de Asturias, en quien tuvo un hijo, que se llamó Diego Ruíz, y dos hijas, Doña Elvira, y Doña Sol, vino el Rey Don Alonso, que se hallaba en Toledo, á tomar posesion del Reyno. Dirigió su camino á Zamora, donde luego comenzó á tratar con su hermana Doña Urraca, y con otras personas ilustres de la Administracion del Reyno. Llegaron los Castellanos, Leoneses, Gallegos, y Navarros á cumplimentarle, y recibirle por su Señor; pero dixeron, que por quanto se havia divulgado por toda Castilla, que su Magestad havia intervenido en la muerte de Don Sancho su Rey, era preciso, que jurase antes de tomar posesion de la Corona, que no havia sido parte en la traycion de Bellido Delfos; y sin esperar à que jurase, llegaron todos à besarle la mano, excepto el Cid.

Echó menos el Rey, que el Cid huviese reusado esta acción, y procuró examinar la causa. Rodrigo Diaz, sin esperar à que otro respondiese, dixo: Señor, quan-

ros están presentes sospechan, que por vuestro consejo fue muerte el Rey D. Sancho: y así yo por veros libre de esta sospecha, atendiendo á vuestro honor, mientras V. M. no se purgare de esta vulgar opinion, segun dispone el Derecho, yo me tengo de abstener de besaros publicamente la mano, y de reconocer por mi Señor. Respondió el Rey: Rodrigo Diaz, mucho me habeis agradado en lo que habeis dicho. Y pasó á preguntar á los Grandes: Y cómo me libraré de semejante sospecha? Dixeron: Señor, jurando publicamente, y con solemnidad doce Cavalleros de los que acompañaron á V. M. en Toledo, y haciendo este juramento en la Ciudad de Burgos, Cabeza de Castilla.

Disputóse entre los Cavalleros Castellanos quien se havia de encargar de hacer esta funcion, y de representar la parte del Reyno. Aunque la funcion era de grande honor, porque son pocos los que se hallan que quieren sacar la cara por el Comun, por no perder la conveniencia particular, el Cid, advertido de lo que sucede á los que se ponen de parte del bien público, admitió hacer la representacion del Reyno de Castilla. Al dia señalado, el Rey, asistido de los Grandes, salió de su Palacio, que era lo que ahora se llama Casa de los Picos. Subió á la Iglesia de Santa Agueda (Iglesia determinada para los juramentos) y puesto en el Theatro de modo que todos viesen la funcion, llegó el Cid; tomó el Libro de los Evangelios, y puso sobre el Altar, y poniendo el Rey las manos sobre él, dixo Rodrigo Diaz: *Rey D. Alonso, vos venides á jurar por la muerte del Rey Don Sancho vuestro hermano, que vos non lo matastes, nin fuistes ende consejador: decid la verdad, si non, tal muerte murades como el murió: Villano vos mate, é non Fidalgo, é de otra tierra venga, é non sea Castellano.* El Rey, y los Cavalleros respondieron. *Amen.*

No se contentó el Cid el haver dicho estas palabras una vez sola : repitiólas por tres veces, á que satisfizo el Rey con los Cavalleros en la misma forma. Al segundo juramento, dice la Chronica manuscrita del Cid, que el Rey se sonrojó, y que á la tercera se puso muy encendido. Y pareciendole, que el Cid de leal por su Patria, y por su Rey muerto se havia pasado al estremo de atrevido, dixo Don Alonso: *Varon Rui-Diaz, por qué me afincades tanto? Que hoy me conjurades, é crás me besaredes la mano.* Respondió el Cid: *Como me ficieredes algo, que en otras tierras soldadas dán á Fijosdalgo, y así fará á mi quien me quisiere por Vasallo.* La Historia General añade, que tomado el juramento, fue el Cid á besar la mano al Rey, pero retiróla muy enojado, y desde entonces comenzó á mirarle con desden, como se vió por lo que de allí á poco aconteció.

El temor, y no la palabra era el que obligaba á los Moros á pagar el feudo pactado á los Principes Christianos; y así, las mas veces era preciso pasar á cobrarle con las armas en la mano. Confederaronse algunos Reyzelos Moros á negar el pecho al Rey de Castilla. El Rey Don Alonso determinó ir en persona á tomar las quantas, por causa de hallarse enfermo el Cid, que era de quien con seguridad podia fiar mejor la jornada, experimentado de lo que poco antes acababa de ejecutar en Andalucia por otro tanto. Los Moros de Medina-Cæli con el Rey Moro de Zaragoza vinieron á poner cerco á la Villa de Gormaz, en cuya tierra entraron haciendo notables estragos. El Cid, habiendo convallecido de su enfermedad, salió á defender la tierra con la gente que pudo recoger. Avisados los Arabes, que el Cid venia en busca suya, levantaron el cerco, y tiraron ácia la tierra de Toledo, por reconocer, que el Rey Don Alonso te-

4 4 2 4 4 4 25
nia amistad con Aymaymon. El Cid, sin hacer reflexión en esta amistad, como un Leon en alcance de la presa, los fue siguiendo hasta muy cerca de Toledo, tallando, y cautivando quantos se ponian delante en tierra de Sigüenza, Hita, y Guadalajara, de modo, que hizo prisioneros entre hombres, y mugeres once mil personas, con que dió la buelta para Castilla.

Sentido Aymaymon, Rey de Toledo, de que el Cid huviese entrado en sus dominios, haciendo en ellos tanto estrago, quejóse agriamente al Rey Don Alonso. El Rey sintió en extremo, que Rodrigo Diaz huviese excedido en los pasos que dió en esta jornada. Viendo los émulos del Cid la buena ocasion de hacerle tiro, según la envidia que poseian sus corazones contra él, ponderaron el caso demasiado. Dicen, que envió á decir el Rey al Cid, que restituyese al Rey de Toledo todos los Lugares, y despojos que havia tomado; pero que el Cid se hizo el desentendido: y de aqui tomaron ocasion para ponderar los émulos su inobediencia, el poco respeto á los Tratados de su Rey, y la mucha arrogancia que havia mostrado quando le tomó el juramento: con que Don Alonso despachó luego Decreto, que saliese desterrado de sus Reynos. Pasaba el Rey á la Villa de Vivar, y el Cid, aunque no ignoraba la desazon del Rey, salióle al encuentro, y le fue á besar la mano. D. Alonso se la negó, y muy ceñudo le dixo: *Andad, salid luego de mis Reynos.* Señor, dixo el Cid, el Fuero de Castilla dispone, que á los Hijosdalgo se les den treinta dias de tarmino. A que respondió el Rey: Cumplidos nueve dias, no pareis mas en mis Estados.

Rodrigo Diaz, sin esperar á oír mas palabras, se retiró á Vivar, convocó á sus amigos, y parientes, contóles lo que le havia pasado con el Rey, y la determina-

cion en que estaba, que era ir á probar fortuna en tierra de Moros, yá que en su Patria la envidia le cortaba los vuelos. Alvar Fañez, con los demás de su compañía, se ofreció á seguirle hasta perder la vida. Trató el Cid disponer su viage, y encargò á Martin Antolinez, su sobrino, pasase á estar con dos Judios Tratantes en Burgos, llamados Raquél, y Bidas, para que á ganancia le acomodasen una suma de dinero, y que para su resguardo les dejaria dos cofres en que tenia diferentes alhajas de oro, plata, y piedras preciosas que havia cogido á los Moros. Los Judios, considerando, que la ganancia era segura, le dieron trescientos marcos de oro, y otros tantos de plata, y por el seguro se quedaron con los cofres, que hoy día se conservan, el uno en la Iglesia de Santa Agueda de Burgos, y el otro en S. Pedro de Cardena. Dispuestas las cosas, y dejando su casa, y familia encargadas al Abad de Cardena, S. Sisebuto, partiò acompañado de ciento y quince Cavalleros, además de otros que se le juntaron, con esperanza de mejorar de fortuna. Dando principio á su empresa, tomó el camino de Lara; y llegó al Espinar, donde hizo alto hasta cerrar la noche: aqui se le juntaron otros muchos Cavalleros, y Soldados de Infantería. Otro día, pasando el Duero, llegó á hacer noche á Higuera. Aunque al Cid animaba su gran corazon, como discreto no dejaba de prevenir peligros, y temer entrar por medio de sus enemigos, y en tierra donde no tenia que esperar socorro, si no que le viniese del Cielo. Con este cuidado se entregó al sueño, y en él tuvo un aviso del Cielo, que le dixo, que prosiguiese sin temor su jornada. Otro día de mañana, animando á los que le seguian, marchó á Sierra de Miedes, que está á mano derecha de Atienza. Allí hizo muestra de la gente que le seguia, y halló, que

eran

eran quatrocientos de á cavallo, y tres mil infantes, que todos iban con el valor, y animo de mejorar de fortuna. Viendose el Cid con gente tan escogida, determinó pasar aquella noche á la Sierra, y ponerse cerca del Castillo de Castrejon.

Despues de haver cogido este Castillo, le dejó, porque aquella tierra estaba á feudo del Rey Don Alonso, y no dár que decir á la envidia, y pasó á tomar el Castillo de Alcocer. Alli mandò, que hiciesen un foso para que su gente estuviese libre de alguna sorpresa. Asentadas en una colina cerca del Castillo las tiendas, pasó con la Cavallería à registrar el Castillo. Sobresaltados los Moros de vér sobre sí al Cid, determinaron pagarle tributo, con condicion de que no se apoderase de la Fortaleza. El Cid conociendo, que no sería dificultoso de quitar el Castillo á los que con sola su vista havia puesto en tanto miedo, no quiso admitir el partido. Despues de haver hecho algunas correrías, y carabanas, aprovechandose de la estratagema de Josue, hizo levantar el campo, dejando de industria en él algunas tiendas. Puestos en orden de marchar, se enderezaron con su vandera levantada por las riberas del rio Jalon.

Al vér los Moros la gente del Cid en forma de huída, se persuadieron, que marchaba por falta de viveres, y que de fallidos con el hambre dejaban algunas tiendas. Acordaron ir en su alcance, saliendo del Castillo con grande algazara. El Cid advirtió á los suyos, que no hiciesen aprecio de sus voces, y gritería, sino que procurasen ir siguiendo sus pasos. Yá que los vió á buena distancia de Alcocer, rebolvió tan de recio sobre ellos, que del primer golpe dejó à muchos muertos, y á los demás aturdidos de suerte, que adelantandose con los cavallos mas ligeros se entró en el Castillo, y Pedro Bermúdez, su

Alferez, fijó en el lugar mas alto la vanderá del Cid. Agradeció al Cielo esta empresa, y puesto de rodillas, dió gracias à Dios, y à su Santísima Madre, de quien era muy devoto, por haverle hecho dueño de un Castillo tan fuerte. Entonces el Rey de Toledo, por redimir la vejacion que el Cid hacia en tierra de Guadalajara, tuvo á bien el darle sueldo, porque no prosiguiese en hacer daño en sus dominios, como lo dice Luis del Marmol: y asimismo le encargó, que pasase á correr la tierra del Rey de Valencia, Alcamín, ò Abubecar, el qual siendo Alcayde de Valencia, puesto por Alymaymon, se havia levantado con el Reyno que no era suyo, sino de este.

no Causò tanto miedo la toma del Castillo de Alcocer à los Moros, y les espantaron tanto las correrías que hacia por aquella comarca, que los puso en gran conflicto. Dieron aviso al Rey de Valencia, de que no se alegrò mucho, por el mièdo que el Cid havia infundido en el corazon de los Mahometanos: pero considerando, que por valiente que fuese el Cid, no sería dificultoso cortarle los pasos, llamò á dos Reyezuelos de su dependencia, llamados Faris, y Galbes, para que con tres mil Cavalleros, y los peones que pudiesen juntar, que fuerón muchos, fuesen à Alcocer; y cantando ya la victoria en su fantasía, les diò apretados ordenes para que le llevasen preso al Cid. Salieron los dos Reyezuelos, divulgando por donde pasaban, que iban á prender al Cid: con que llegaron à juntar una Morisma innumerable. Llegaron à Alcocer, y cercaron de modo el Castillo, que los Castellanos no podían salir à tomar agua. Considerando Rodrigo Diaz, que la tardanza en la resolucion no le podia estar bien, porque de parte alguna no podia esperar socorro, determinò salir quantò antes à pelear con los Reyes que le

venian à prender. Todos los Soldados del Cid à una voz aprobaron la determinacion, con que resolvieron salir contra los Moros otro dia muy de mañana.

Aquella noche se encomendò el Cid muy de veras à Dios, y à su Santissima Madre, y con esta tan buena prevencion, y tan Divinos Patronos, dejando dos Soldados en el Castillo por Guardas, saliò contra aquella multitud de enemigos de la Religion Catholica, los quales luego fueron desvaratados, no obstante haver sido bien reñida la batalla. Los Reyezuelos procuraron bolver à recoger su gente, y à ponerla en orden, pero fue para que se conociesen segunda vez vencidos: con que los Reyezuelos se escaparon à curar las heridas, dejando en el campo muertos treinta mil de los suyos. Faris se acogió à Teruél, y Galbes à Calatayud, haviendo dejado muchisimos despojos, y riquisimas alhajas en el Campo de batalla.

El Cid, con tanta copia de despojos, determinò lo primero mostrarse agradecido à Dios, y à la Sacratissima Virgen Maria, enviando las vanderas que havia cogido de los Moros à la Iglesia de Santa Maria del Burgo (que hoy es la Iglesia del Lugar de Gamonal) y asimismo envió la limosna para hacer decir mil Misas en el Altar de aquella Soberana Reyna, por haverse encomendado à ella quando saliò desterrado de Castilla. Despues de haver cumplido con su Dios, y su Madre Santissima, envió al Rey Don Alonso de presente cinquenta cavallos, ricamente enjaezados, con otros tantos alfanges pendientes de los arzones. A Alvar Fañez, que fue el que mas se señaló en aquella batalla, le envió con este presente al Rey, y luego que lo entregò, vino à San Pedro de Cardena, donde estava la muger del Cid, à visitar à Doña Ximena, à sus dos hijas, y al Abad San Sisebuto, à quien entregò cinquenta marcos de plata, y le encargò,

suplicase á la Divina Magestad por los buenos sucesos de Rodrigo Diaz, y su gente.

El Rey Don Alonso hizo grande estimacion del presente que le envió el Cid, y mucho mas de su generoso animo, por vér correspondia con beneficios á la accion de que otros se explicàran agraviados, enemigos de la Patria, y contrarios á su Rey. Pero como era Rodrigo Diaz tan Catholico, y propenso á obrar los Preceptos de Jesu-Christo, que manda se haga bien á los mismos enemigos, y á aquellos á quienes mas les huviesen agraviado, por tanto era muy propenso agradar á Dios, cumpliendo exactamente su santa Ley; y por eso el Señor le favorecia tanto en sus grandes empresas. Mostróse el Rey satisfecho de la magnanimidad del Cid, y dió permiso el Rey Don Alonso para que qualquiera de sus Vasallos pudiese ir libre á militar debajo de las vanderas del Cid Campeador.

Pareciendo á nuestro gran Burgalés, el Cid, que era estrecha aquella tierra, trató con los Moros, que le diesen en prestito por el Castillo de Alcocer alguna suma de dinero. La Historia General dice, que le dieron tres mil marcos de plata; pero la Chronica del Cid dice, que seis mil, los quales repartió entre sus Soldados, que tan valerosamente le servían. Los Moros que le havian tratado sintieron mucho que los dejase. Salió el invicto Castellano de Alcocer, y atravesando por el rio Jalon, llegó á una cumbre que estaba sobre Monreal, de donde con seguridad talaba de modo la tierra, y Lugares comarcanos, que le ofrecieron pagar tributo, para que no prosiguiese en molestarles. Yá havia convallecido el Rey Faris, pero no se atrevió á ponerse delante del Campeador. Despues de seis semanas que estuvo en aquella cumbre, que hoy se llama *el Poyo del Cid*, co-

giendo el fruto de las riberas del rio Martin, se alargó á los campos de Zaragoza, de que no se alegró el Rey Moro Almudafar. Viendo este Rey los grandes robos que hacia el Cid á todos aquellos enemigos de Jesu-Christo; pues nó era su conato otro, que acabar con ellos, y que al mismo tiempo todos los Moros le temian, procuró atraherle ácia sí, ofreciendo pagarle sueldo honrado. Vino en ajuste el Cid, y habiendole recibido en Zaragoza, procuró ganarle la voluntad, y de valerse de su dictamen, y consejo, que verdaderamente no lo perdió; porque por los consejos de este gran Capitan, y sus esfuerzos invencibles ganó muchas batallas.

El Rey de Zaragoza Almudafar, estando bien avenido con el Cid, vino á morir, habiendolo dejado dos hijos, llamado el primogenito Zulema, y el segundo Aben-Alfange, los qualés dividieron el Reyno como hermanos, para reñir despues como enemigos. A Zulema tocó por suerte el partido de Zaragoza, y por fortuna el valor del Cid, á quien nombró por primer Ministro, y por Capitan General de sus Milicias. A Aben-Alfange tocó la tierra de Denia, de que, aunque era el segundo; nó quedó satisfecho. Este, no atreviendose por sí solo á declarar guerra contra su hermano, por considerarle superior en fuerzas, y porque tenia de su parte al brazo del Cid, hizo liga con el Rey de Aragon, y Conde de Barcelona. El Cid que llegó á entender las ideas del Rey de Denia, salió á correr sus dominios, que picado, dió pronto aviso á los Aliados, y el Conde de Barcelona acudió en persona á incorporarse con el Rey de Denia. Juntos los dos, idearon coger al Cid descuidado al tiempo que diese la buelta para Zaragoza. No vinieron con tanto secreto, que el ruido no llegase á oídos del Cid quando bajaban por la Sierra de Te-

bar del Pinar, que le dió lugar para prepararse. Rodrigo Diaz dió orden, que caminase adelante la presa, y envió á decir al Conde de Barcelona, que le suplicaba no le pusiese en ocasion de tomar las armas contra su gente, ni que pretendiese hacer mal á los que andaban en su compañía, supuesto que no llevaba cosa suya, ni le agraviaba en correr las tierras del Rey de Dania. El Conde desestimó la súplica; con que el Cid se vió obligado á poner los esquadrones en forma de pelea, esperando á los enemigos en el valle. Luego que los Ejercitos se vieron en estado de chocar, echaron mano á las armas; pero los Moros viendose mal parados en los primeros choques, comenzaron á huír. El Conde, y los suyos prosiguieron la batalla con mas esfuerzo, y teson, con que el Cid logró la ocasion de tantear el pulso del Conde, de derribarle del cavallo, de quitarle la famosa espada colada, y de prenderle. Quando los Catalanes vieron preso á su Señor comenzaron á huír, y los Soldados del Cid prosiguieron el alcance por espacio de tres leguas, en que prendieron á otros muchos. El Cid llevó á su tienda al Conde, donde con toda urbanidad procuró cortejarle, por vér, que sentia mucho la prision. Por diligencias que hizo Rodrigo Diaz para consolarle no lo pudo conseguir, hasta que le dixo, que le daria libertad, juntamente con los dos Cavalleros que fuesen de su primera estimacion. Con esto respiró el Conde, y habiendo comido, marchó con los dos Cavalleros parientes, Don Hugo, y Don Guillen Bernalt, y el Cid se bolvió á Zaragoza, habiendo dado libertad á los demás Vasallos del Conde.

En el tiempo en que nuestro Capitan Burgalés anduvo desterrado adquirió mas nombre, y fama que podia haver conseguido en su Patria. En este tiempo intentó el

el Rey Don Alonso recobrar el Reyno de Toledo, porque yá era muerto su amigo el Rey Moro Alymaymon, y para empresa tan ardua se vió obligado á llamar al Cid le viniese á ayudar, levantandole el destierro, y ofreciendole honrada satisfaccion de los agravios que se havian hecho á su persona. Acudió puntual, preciandose de fiel Vasallo á su Rey, acompañado de sus muy esforzados Cavalleros, como instruidos en la escuela de tan diestro Campeador. El Rey le recibió con agasajo, prometióle hacer buenos partidos, y le encargó, que no levantase la mano hasta coger el Castillo de Rueda, y prender al traydor Aben-Falaz, que havia muerto á tantos Señores principales en el Castillo de Rueda. El Cid pasó luego á cercar el Castillo, y puso el cordon tan apretado, que obligó á que los Moros, fallidos de hambre, se rindieron cautivos, y á los pocos que quedaron con el Autor de la traycion, cogido el Castillo, envió presos al Rey Don Alonso, con quienes ejecutó el castigo correspondiente.

Hechas todas las provisiones para coger à Toledo, pidió asimismo favor al Rey de Aragon Don Alonso, y á otros Principes de Francia, que todos juntos marcharon corriendo la principal diligencia por Rodrigo de Vivar, que tenia el baston de Capitan General. Durante el cerco experimentaron los nuestros mas adversa, que prospera la fortuna; y tanto, que los grandes deseos se iban transformando en desconfianzas. Huvieran levantado el cerco si el glorioso Doctor San Isidoro no huviera dado aviso al Venerable Cypriano, Obispo de Leon, para que persuadiese al Rey, que no levantase el sitio, porque dentro de quince dias se rendirian los Moros. Con este aviso se alentaron los Christianos, y persistieron constantes, hasta que los Arabes se dieron bajo unas

condiciones, que les otorgó el Rey por la grande gana que tenia de apoderarse de aquella Ciudad. Salieron los Moros á entregar las llaves al Rey dia de S. Urban. Don Rodrigo Diaz de Vivar entró en Toledo con el Estandarte Real guiando al Rey Don Alonso hasta que entrase en el Alcazar.

Trató el Rey del Estado Politico de la Ciudad, y de poner en orden el gobierno; y porque estaba en el conocimiento de que era forzoso poner en Toledo Governador de gran prudencia, valor, y celo, y que fuese temido de los Moros, escogió al famoso Rodrigo Diaz dandole el Titulo de Principe de la Milicia Toledana. Dexó el Rey á su cargo mil Cavalleros Hijosdalgos, para que no atreviendose los Moros à oponerse, mantuviese en paz la Republica.

En esta Conquista fue el Cid el motor para que fuese instituida la Cofradia de la Caridad, que hoy permanece. La ocasion fue tomada de ver, que morian muchos en el cerco, y que asistian pocos á las exequias, y á darles sepultura. Trató el punto con otros Cavalleros amigos, y determinaron, que fuese instituida la Hermandad, obligandose á asistir, y enterrar los muertos. Llevaban por insignia una Cruz que formaban de un ramo verde que desgajaban de un arbol, dejandole con los ganchos, y pedazos que eran de las ramas menores. Y asi, en memoria de aquella santa Hermandad, ó Caridad, usa esta Cofradia de una Cruz semejante. Y en muchos Lugares de Castilla se ven Cruces de metal hechas en esta forma; y aunque tienen otras modernas, y de otra hechura, usan de estas en los entierros, y funciones de la Cofradia que llaman de la Cruz Verde, y ahora de la Veracruz, y aun en el paño, y estandarte de Difuntos se suele retratar este genero de Cruz verde; y asi parece, que indi-

can,

can, que estas Cofradías tuvieron principio de la que instituyó el Cid en el cerco de Toledo.

Quando Hiaya, Rey Moro de Toledo, entregó la Ciudad al Rey Don Alonso pactó con él, que le havia de ayudar á recobrar el Reyno de Valencia, que havia sido de Aymaymon, su Abuelo, y se havia levantado con él Abubecar, á quien havia puesto por Alcayde. Salió Hiaya acompañado de los esquadrones que le dió el Rey Don Alonso, y con la ayuda del Cid le puso en posesion de Valencia, y expelió al usurpador Abubecar.

Todo yá sosegado, envió el Rey Don Alonso á llamar al Cid le viniese á ayudar contra los Moros Almorabides, que hacian notables estragos, asi en los dominios de los Christianos, como en los de los Moros. El Cid procuró juntar sus Cavalleros, y demás gente para venir á juntarse con el Rey Don Alonso; pero juzgando, que el Rey se detendria algun tiempo en componer las tropas, caminó con algun despacio, y porque necesitaba ir ganando la comida por el camino hasta llegar á Medina-Cæli, donde esperó al Rey, entendiendo, que havia de pasar por alli; pero se enderezó á Alaedo por otro camino. Avisados los Almorabides de que el Rey, y el Cid venian en su alcance, levantaron el cerco del Castillo de Alaedo. Llegó el Rey á esta Fortaleza, y dejandola bien prevenida, dió la vuelta para Castilla, sin haverse juntado á él el Cid, lo que sintió mucho.

Los émulos de Rodrigo Diaz, reconociendo, que el Rey Don Alonso estaba sentido de que el Cid no se huviese incorporado con su Ejercito, hallaron buena ocasion para acusarle, y hacer creer al Rey, que no havia acudido por vengarse del destierro quando le expelió de sus dominios, y que podia conocer, que no deseaba los aumentos de su Reyno. Fray Juan Gil Zamorense dice,

que un Soldado pasó á estar con el Rey Don Alonso , y que le dixo como Rodrigo Diaz de Vivar era traydor á su Magestad , que con grande arte de palabras , y de algunas acciones exteriores encubria la traycion ; y para que entendiese , que le decia la verdad , se ofrecia á probarle en desafio campal. Creyóle el Rey , y despachó Decreto , que le quitasen los Estados , que le confiscasen los bienes , y que prendiesen á su muger Doña Ximena , y á sus hijas. Noticioso el Cid de lo que pasaba por su familia , remitió desde Valencia , donde se bolvió despues que no encontró al Rey , otro Soldado para que cumpliese el desafio , y diese satisfaccion al Rey por palabra de su lealtad , y fidelidad , con los motivos de no haberse encontrado con él : y asi , dice este mismo Autor , que habiendo el Rey Don Alonso oído la escusa del Cid , y la aceptacion del desafio , revocó el Decreto de la prision de Doña Ximena , y sus hijas , pero no dió lugar á que se ejecutase el desafio.

La Chronica del Cid no pone este reto , ó desafio ; pero dice , que el Cid envió á un Cavallero para que dixese , que si havia Conde , Rico-Hombre , ó Cavallero que afirmase , que tenia mas verdadera voluntad de servir al Rey , que él , que saliese á probarlo con su espada , ó lanza al campo. Llegó á levantar tanta llama la envidia en el corazon de los émulos , que noticiosos de que Rodrigo Diaz estaba sobre un Castillo de Zaragoza , pidieron gente al Rey Don Alonso para ir contra él ; pero el Rey , aunque estaba desazonado , no quiso concedersela. Como se miraba el Cid fuera de la gracia del Rey Don Alonso , se andaba yá una vez en Valencia , yá otra en Zaragoza , haciendo correrías , y defensas muy utiles para estos Reyes ; quando en estos tiempos vinieron los Moros Almorabides sobre Valencia , y la cogieron-

ron , teniendo la desgracia el Rey Hiaya , que el Cid se hallase en Zaragoza.

Llegaron los Almorabides á Valencia , y la entraron , haciendo de Cabeza Abenjaf. Huvo el dia de la entrada una grande mortandad , porque mataron á todos quantos eran de la parte del Rey Hiaya , y que se havian explicado aficionados al Cid. Al dia siguiente pasaron al Alcazar en busca de Hiaya , que yá entre sus muchas mugeres se havia retirado á una casa pequeña. Apoderaronse del Alcazar , y robaron quanto precioso en él hallaron , matando á un Christiano , y á otros Moros que estaban de guarda ; y prendieron al Almojarife del Cid. Abenjaf, hecho dueño de Valencia , no paró hasta buscar , y encontrar al Rey , para quitarle el gran thesoro que tenia consigo. Encontróle , y haviendosele robado , mandó luego , que le cortasen la cabeza , y que le echasen en una laguna. Dejaron el cuerpo en el corral de la casa donde estaba , y un Vasallo de compasion le recogió , y otro dia , embuelto en una estera vieja , le dió por sepultura un muladar.

Llegaron á noticias del Cid todas estas novedades tan infaustas , y determinó luego recoger gente , y pasar á vengar la muerte del Rey de Valencia , con ánimo de expeler al Tyrano de ella , y hacerse Señor de aquel Reyno , sujetandole á la obediencia del Rey Don Alonso de Castilla : pues el Cid , en medio de estar en desgracia de su Soberano , era tanta su lealtad á su Monarca , que pudiendo , y teniendo la ocasion tan á la mano de hacerse Rey de un Reyno tan opulento , no quiso , reconociendose siempre Vasallo de Don Alonso.

Dispuestas todas las cosas , marchó el Cid contra Valencia : cercóla , haviendo desvaratado antes algunos Arrabales. Los Valencianos , que se vieron cercados del Cid,

Cid, enviaron á pedir socorro al Rey de Zaragoza, y á Aben-Axa, Capitan de los Almorabides, que cogida Valencia, se salió de ella, dejando allí á Abenjaf. Luego qua Aben-Axa recibió las cartas de los Valencianos, les escribió, que presto pasaria á librarlos del conflicto en que se hallaban. El Cid, á quien nada se le pasaba por alto, discurría los medios que podria haber para que los Almorabides no bolviesen, y para que si venian, como estorvarles la entrada. Noticioso el Cid de que estaban yá en Jativa, se retiró á Juballa, donde supo, que venia contra él un sobervio Ejército; y discurriendo como prudente sobre si los esperaria, ó marcharia á otra parte, por ultimo le venció el valor á que se detuviese.

Resuelto á esperarlos, dió orden á su gente para que fuese á derribar los puentes, y á romper los cauces, y acequias, para que se hiciese un rio toda la vega de Valencia, y para que no pudiesen pasar sino por un estrecho, en donde puso los Soldados mas valientes para impedirles el paso. Llegó nuevo aviso, que los Almorabides estaban yá en Alcira, y en el campo de Cartarroza, que está á la vista de Valencia, donde por la noche encendieron grandes hogueras para alegrar á los Valencianos, y aterrar al Cid, y á los suyos, porque se imaginaban yá victoriosos. Pero el Señor de los Ejércitos, que tenia dispuesta otra cosa, envió aquella noche tal tempestad de relampagos, truenos, y agua, que pensaron los Almorabides ser hundidos, y anegados. Al vér por la mañana hecha un mar toda la vega, y que no podian pasar por parte alguna, trataron de dár buelta, espantados de la noche, que tuvieron por mal agüero. El Cid, advertido de que los Moros son llevados de agorerias, y supersticiones, conoció, que los Almorabides no havian de bolver tan presto, y que la ocasion

era oportuna para apretar el sitio , sin dejar salir siquiera uno de la Ciudad , y que se muriesen de hambre si no se entregaban.

Los Alcaldes de los Castillos de la jurisdiccion, noticiosos de que los Almorabides se havian retirado , y que no havian de bolver , porque no daban esperanzas de ello , acudieron al Cid con el tributo , y les obligó à que enviasen ballesteros , y peones para combatir de recio la Ciudad , como la combatió , de modo , que no se daba lugar à que entrase , ó saliese Moro alguno. El Alfaqui Alhagib , que quiere decir el Sacerdote Principe , viendo las discordias que se havian levantado entre Abenjaf , y los hijos de Aben Afit dentro de la Ciudad , y que de parte de afuera no havia que esperar socorro , subió à la Torre mas alta de la Ciudad , y à grandes voces comenzó unas endechas tristes sobre la pérdida de Valencia , las cuales trahe la Historia General. Abenjaf , viendo las cosas en tal extremo , despachó un Mensajero para que dixese al Cid de parte de los Ciudadanos , y suya , que estaban prontos à pagar el tributo en la conformidad que se le havia pagado antes , viviendo el Rey Hiaya ; y asi , que le suplicaban levantase el cerco. El Cid respondió , que venia en ello ; pero que primero le havian de enviar los hijos de Aben-Afit.

Abenjaf , no penetrando las maximas del Cid , luego le envió los presos que pedia , y al dia siguiente le envió un Mensajero , por quien le decia le permitiese salir à verse con él : el Cid le recibió con grande agrado , y disimuló de que hacia grande aprecio de él , por reconocer , que Abenjaf se pagaba mucho de esto. Pasaron à tratar en orden al tributo que le havian de dar , y de que el Cid havia de poner Almojarife que le cobrase sus rentas ; y que para seguridad de lo tratado le havia de dar

dàr en rehenes à su hijo. Haviendo venido Abenjaf en quanto pedia el Cid, dió la vuelta para la Ciudad, donde se arrepintió de haver ofrecido en rehenes á su hijo, con que Rodrigo Díaz, viendo, que no cumplia con las condiciones, bolvió à apretar de nuevo el cerco, y á levantar algunos tablados, para que imaginasen, que intentaba entrar la Ciudad por asalto.

Proseguia el cerco con mucho rigor, y en este tiempo salieron dos hombres de la Ciudad á estar con el Cid, para decirle, que le apretase, porque los mas deseaban entregarse por redimir la grande hambre que padecian. El Cid, esforzandose con este aviso, hizo juntar toda su gente, y les mandó, que fuesen ácia la puerta de Belsahanes, para entrarla por alli. Los de dentro acudieron prontos à aquella parte, y desde los muros arrojaron cantidad de piedras, y saetas; y otros mas resueltos abrieron la puerta, y salieron contra los Christianos. El Cid en esta ocasion se vió muy apretado por haverse metido en una casa que fueron à cercar los Moros, esperandole à la puerta; pero hizo romper un portillo por donde salió con grande riesgo de la vida. Libre de aquel peligro, advirtió, que no convenia hacerles mas guerra que la cruel que les hacia el hambre, que llegó à ser tanta, que por no padecerla, tuvieron por alivio arrojarse de los muros. El Cid, para aterrarlos à que no se arrojasen de las murallas, deseando, que quanto antes se acabasen los alimentos, mandó encender grandes hogueras para echar en ellas á quantos se desprendian de los muros. Llegó la Ciudad á tanta carestía, que haviendo consumido los granos, y las carnes de los cavallos, y mulas, se determinaron á comer ratones, los cueros de las bacas, y cavallos, el orujo de las ubas, los Letuarios de las boticas, y otras cosas in-

indignas de nombrarse. En fin llegó la necesidad à tal extremo , que la cabeza de un cavallo que havian muerto en las tablas públicas, se tasó en veinte doblas de oro, y yá no havia quedado mas que una mula, que era de Abenjaf, y otro cavallo de su hijo.

Los Ciudadanos, desesperados por lo mucho que les apretaba el hambre, salieron à entregar las llaves al Cid, à quienes recibió con semblante enojado, reprehendiendoles su terquedad: mas los Moros, humildes; se sometieron à que hiciese de ellos lo que quisiese. Rodrigo Diaz, viendoles tan rendidos, y conociendo, que la ocasion era yá oportuna de apoderarse de la Ciudad, mudó de semblante, y les dixo, que al dia siguiente saliesen Abenjaf, y los Cavalleros principales del Aljama, ó Consejo de Estado, à firmar la entrega de la Ciudad. Otro dia, Jueves ultimo de Junio, despues de la Fiesta de San Juan Bautista, que los Moros llaman Alhansara, à la hora de medio dia entraron los Christianos á tomar posesion de la Ciudad, despues de nueve meses de cerco, y conforme entraban, se iban apoderando de las Torres. Otro dia entró el Cid á la Ciudad, celebrando el triunfo, y subió á la Torre mas alta, de donde registró toda la poblacion; y para irles ganando las voluntades, prometió hacerles quanto favor pudiese; pero que estuviesen advertidos, que havia conquistado á Valencia, con rendimiento, y vasallage á Don Alonso su Rey; asimismo encargó á los Christianos, que procurasen tratar á los Moros con cortesía, y respeto.

Tomada la posesion de Valencia, Abenjaf hizo un rico presente, y un quantioso donativo al Cid. Este Principe, como en todo grande, y nada codicioso, avisado de que Abenjaf era muy liberal á costa agena, y que el donativo le havia quitado á los vivanderos que

125 13
 11/11
 7
 D
 W
 havian acudido á Valéncia desde Mallorca, no le quiso recibir, de que recibió Abenjaf notable sentimiento, pasando á sospechar lo que le havia de suceder. Dió despues orden á los del Aljama, ó Consejo de la Ciudad, para que acudiesen á la Huerta nueva, donde les dixo: Que estaba cierto, que por singular favor del Cielo havia ganado la Ciudad; pues quando llegó la primera vez á Juballa se havia visto destituido de todo favor humano; y así, por tener muy presente el favor Divino, les daba palabra de procurar mantener la Ciudad con toda equidad, y justicia; y que estaba en juicio, que si daba lugar á cosa que no fuese de razon, se la quitaria quien se la havia dado. 15

Advirtióles tambien, que solo les pedia las rentas, que segun sus Leyes daban á sus Señores; y que dos dias á la semana, Lunes, y Jueves, asistiria á la Audiencia á sentenciar sus causas; y que si acaeciesen pleytos que pidan pronto despacho, podrian acudir quando gustasen, que siempre le hallarian desocupado, y haré justicia, dixo, como la pudiera hacer vuestro pariente, y amigo. Y para que esto conste, digo, que desde luego propongo, que he tenido noticia, que Abenjaf, sin justicia, ni razon ha molestado á algunos para hacerme un rico presente, y un quantioso donativo: yo no le he querido recibir, porque no hay Ley que permita hacer galanterías á costa agena. Si alguno se siente agraviado, acuda á mí, que será provehido de justicia.

Tambien sabeis, que quité el thesoro que llevaban á Murcia los Mensageros, quando os permití los quince dias de treguas, y que buscaseis quien os viniese á favorecer en el cerco, no permitiendo, que los Mensageros llevasen mas que aquellos maravedises necesarios para su manutencion de ida, y buelta, sin embargo de poder

que.

quedarme con él, estoy resuelto à que lo que se hallare ser de particulares se restituya à cada uno , habiendo hecho la probanza. Ahora haced el pleyto de omenage , y entended , que soy vuestro Señor , y que haveis de obedecer mis secretos. Dió orden al Almojarife Abdalla , su Administrador principal de las Rentas Reales , para que nombrase Ministros inferiores que tuviesen la incumbencia de cobrar las Rentas , con que se resolvió la Junta , y los Moros quedaron muy contentos , dandose el parabien de haver obtenido un Principe tan justo , y desinteresado. Propuso tambien el Cid à los Moros , que si gustaban de que Abenjaf se quedase por Alcayde ? Muchos de ellos respondieron : Que no venian en tener por Governador persona que por tantas causas debia morir. En vista de esto , mandó el Cid , que prendiesen à Abenjaf , y que le pusiesen en quescion de tormento , apretandole hasta que declarase todo el thesoro que paraba en su poder , con que el Cid , y los suyos quedaron poderosos , y ricos. Toda esta Historia de la Conquista de Valencia està sacada de la que comienza por el Rey Don Fruela II. que concluye diciendo , que todo se finalizó en el discurso de nueve meses.

Luego que corrió la voz , que el Cid havia ganado à Valencia , Ali-Aben-Aja , Caudillo de los Almorabides , juntó un Ejercito de treinta mil hombres , y se le entregó à su yerno , à quien havia puesto por Rey de Sevilla , para que con la gente que él pudiese agregar , pasase à quitar al Cid la Ciudad de Valencia. A toda prisa caminó el Moro , y puso el cerco à Valencia. Pero el Cid , que no sufría verse cercado , salió luego à él con su gente , y le acometió cerca de las murallas proximas à la Huerta de Villanueva. Defendieronse los Moros con valor ; pero por ultimo consiguió el Señor de Valencia la victoria,

dejando muertos como veinte mil Moros, y en el alcance, que duró hasta Jativa, fueron muertos, y ahogados en el Rio cinco mil. Tres golpes alcanzaron al Rey de Sevilla, con que escarmentado, se escapó con los pocos que le havian quedado. La Historia General dice, que solo quedaron con vida mil y quinientos Moros. En esta batalla se portó con gran valor Martin Pelaez el Asturiano, á quien la industria del Cid de cobarde hizo muy animoso, y esforzado Cavallero. Haviendo buuelto al campo los nuestros, encontraron tan gran thesoro, que vino á tocar á los Soldados de Infantería diez mil marcos de plata á cada uno, que sin duda fue número excesivo, y que el copiador, por haver hallado maravedises en esta cifra *mrs.* trasladó marcos. La Historia General, que empieza por Don Fruela, asegura, que el Cid cogió en esta batalla elcelebrado cavallo *Bavieca*.

Conseguida esta victoria, comenzó el Cid á tratar como reparar las Iglesias que los Moros havian reducido á Mezquitas. Ofreció Rodrigo Diaz rentas para la mesa del Obispo, y sus Canonigos. Y de nueve Mezquitas hicieron nueve Iglesias Parroquiales, dedicando la mayor al Apostol San Pedro, y la que estaba cerca del Alcazar, adonde el Cid acudia de ordinario á los Divinos Oficios, fue consagrada á Nuestra Señora con el Título de *Santa Maria de las Virtudes*, que fue la Iglesia Cathedral, como consta del Privilegio que Doña Ximena, muger del Cid, concedió al Obispo Don Geronymo, y á sus Canonigos, y puede verse en el Maestro Yepes al tomo 6.

Dispuesto el Gobierno Politico, y Ecclesiastico de la Ciudad de Valencia, determinó el Cid enviar por Doña Ximena, y sus hijas, que las havia dejado quando salió al destierro en poder del Santo Abad de San Pedro de

Cardena, Sisebuto, y vivian en las casas inmediatas al Monasterio. Estuvo con Alvar Fañez, y Martin Antolinez, y les dixo: Que era razon dar aviso al Rey Don Alonso como havia ganado la Ciudad de Valencia con dependencia á su Corona, y que havia determinado, que los dos pasasen á Castilla, y presentasen á su Magestad en reconocimiento doscientos cavallos muy bien enjaezados: que le besasen la mano de su parte, y que le suplicasen diese licencia, que pasase á Valencia su familia. Entrególes trescientos y treinta marcos de oro, y mil y trescientos de plata: los mil marcos de plata para que los diese á San Sisebuto, Abad de Cardena: los trescientos de plata, y los trescientos de oro para el desempeño de los cofres que quedaron en poder de los Judios Raquel, y Bidas, y les dixo, que de ganancia les diesen lo que era justo: y los treinta marcos de oro restantes servirán para que mi familia venga con el decoro, y honra debida.

Habiendo entrado en Castilla Alvar Fañez con doscientos Cavalleros de su compañía, y Martin Antolinez con cinquenta, informados de que el Rey se hallaba en Palencia, se dirigieron allá, y le encontraron al salir de Misa. El Rey, al ver la compañía tan lucida, preguntó: Qué gente era aquella? Dixerónle, que eran Soldados del Cid. Recibiólos con notable agrado, y les preguntó: *Qué noticias trahian de su muy leal Vasallo Rodrigo Diaz?* Respondió Alvar Fañez: *Señor, Rodrigo Diaz nos envia á que en su nombre besemos la mano á V. M. poniendose á la obediencia como Vasallo á su Señor natural; y asi participa, y dà noticia de que despues que partió de Castilla venció tres batallas campales, y ganó muchos Castillos, y la noble Ciudad de Valencia, la qual conquistó con rendimiento, y vasallage á V. M. Ha hecho á esta gran Ciudad Episcopal, y ha nom-*

brado por Obispo al honrado Don Geronymo, vuestro Capellan, para honra, y gloria de la Fé de Jesu-Christo. Y en reconocimiento del Señorío, remite á V. M. de la ganancia de la guerra estos doscientos cavallos asi ricamente enjaezados.

Maravillaronse el Rey, y los circunstantes de tan impensadas, y gloriosas conquistas, y atribuyendolas á disposicion Divina, dieron muchas gracias á Dios. El Rey hizo grande estimacion del presente, y de que en su nombre, movido solo de su grande fidelidad, huviese tomado posesion de Valencia. Alvar Fañez, reconociendo, que el Rey estaba desengañado de las falacias de los émulos, pasó á representarle, que Rodrigo de Vivar pedia por merced diese lugar para llevar á Valencia á Doña Ximena, y sus hijas. Don Alonso, conociendo la grande lealtad del Cid, y satisfecho de que en su corazon no havia de tener entrada la soberanía, ni el deseo de levantarse con el Titulo de Rey de Valencia, no solo dió lugar para que Alvar Fañez llevase la familia, sino que dió á entender, que le harian gusto en que los Soldados que quisiesen pasasen á incorporarse en las Compañias del Cid. Agradecido el Rey, mandó á un Oficial suyo, que asistiese con lo necesario á Alvar Fañez, y á la familia de Rodrigo Diaz hasta el ultimo termino de sus dominios, y encargó á Alvar Fañez, que dixese al Cid: *Que en hora buena fuese Señor de Valencia, de todo lo que havia ganado, y de lo que en adelante ganare, porque él solo se contentaba con el reconocimiento, y fidelidad de su corazon.* Y bolviendose el Rey despues á los Grandes, les dixo: *Cá mas ganáremos en esto, que en haver, y otro desamor.*

Desde Palencia vinieron Alvar Fañez, y Martin Anrolinez á Burgos, donde fueron recibidos con grandes aclamaciones de los paisanos, y fueron muy agasajados de sus parientes. Satisfechos los Judios Raquel, y Bidas, del

del emprestito que hicieron al Cid, Martin Antolinez desengaño á los Judios, que el mayor peso que tenían los cofres era de piedra, y arena, de que se maravillaron, y conocieron la gran confianza que se podia tener de las palabras del Cid. Pasaron despues los Mensageros al Monasterio de Cardeña, donde fue muy celebrada su venida, y entregaron al Santo Abad Sisebuto la limosna que enviaba el Cid. Doña Ximena, y sus hijas se alegraron mucho con las nuevas, y haver visto á Alvar Fañez, y Antolinez. Fueron hospedados dentro del Monasterio todo el tiempo que se retardò en disponer el viaje de Doña Ximena, y sus hijas, á quienes acompañaron setenta Cavalleros, y otros muchos Soldados Castellanos, que determinaron pasar á Valencia á militar bajo la vándera del Cid. Todos fueron recibidos en la Ciudad con grande regocijo, y con muchas fiestas que hicieron los Valencianos.

Todas estas victorias, y las que despues ganó el Cid, atestiguan, que el Cielo le favorecia con especial asistencia, y manifiestan, que fue verdadera la aparición de San Lazaro, y ciertas las palabras que le dió, de que no dudase acometer á sus contrarios quando sintiese el ardor, y espíritu que havia experimentado en sueños. Y á no ser asi, se le podia arguir al Cid de temerario, é imprudente en acometer á unos Ejércitos tan quantiosos, é innumerables con su poca gente, de manera, que aun despues se vió obligado á pelear contra todo el poder de Africa, y le venció, como ahora veremos.

Pasados tres meses despues que el Cid tenia toda su familia en Valencia, tuvo aviso, que havia aportado una grande Armada de Africanos, capitaneada del Rey Juceph Miramamolín de Marruecos, con animo de quitarle á Valencia. Informado Rodrigo Diaz, que venian

contra él cinquenta mil de á cavallo, y tantos de á pie, que por ser muchos no se ponen en numero, hizo guardar los Castillos, y meter en ellos las prevenciones necesarias. Junto la gente de los Moros Vasallos, de quienes tenia mas satisfaccion, y llamó á los Christianos, y les dixo: *Ea, amigos, y parientes, no ignorais los especiales favores que hemos recibido de Dios: no hay que desconfiar, que Dios nunca se cansa de ayudar á los que toman en su nombre, y por su honra las armas. Un soberbio Ejercito de Africanos viene contra nosotros; pero no hay que temer si militamos por defender nuestra Santa Ley.* Como todos los Soldados Castellanos eran escogidos, y animosos, á una voz respondieron, que estaban prontos hasta vencer, ó morir por la Ley de Jesu-Christo su Redentor. O Catholicos, y esforzados Soldados de la verdadera Ley!

Parece, que al Cid no le daba mucho cuidado, que tanta Morisma se huviese conjurado contra él; pues viendo, que se havian puesto tantos millares de Moros en la Vega de Valencia, por notar los ademanes que Doña Ximena, y sus hijas harian como mugeres; hizo, que subiesen á la torre mas alta del Alcazar, para que se asombrasen en mirar el Ejercito, y en oír la algazara, y ruido de atambores con que acostumbrian caminar los Moros. Atemorizaronse las Señoras, y dixolas el Cid, que no tenian que temer, porque *á mas Moros mas ganancia*: las quales palabras quedaron en España por refran Castellano. Estando en esto, reparó el Cid, que unos Moros se desmandaron, y entraron en las huertas: llamó á Alvaro Salvadores, y le dió orden para que saliese á ellos con doscientos cavallos. Salíó contra ellos, y los acometieron tan de recio á vista de Doña Ximena, y las hijas, que los hicieron salir mas que de paso, y los fue-

ron siguiendo hasta meterlos en sus tiendas, matando, y golpeando à muchos. Alvaro Salvadores, por haver picado con viveza al cavallo, se metió tan adentro, que fue preso por los Moros, sin que alguno de los suyos le pudiese valer.

Otro dia el Cid hizo juntar quantos Soldados tenia, y les propuso las razones que havia para que defendiesen con gran valor la Ciudad; y por reconocer, que la industria ha vencido mas victorias, que la fuerza, y que en la ocasion presente, por estar el enemigo de vando mayor, convenia discurrir, como vencer al Africano con arte, y estratagema militar, propuso Alvar Fañez salir de noche con trescientos cavallos, y ponerse en celda en el valle de Albufera, y salir al tiempo de lo mas recio de la batalla, entrando por un costado de los enemigos. Pareció al Cid bien la estratagema de Alvar Fañez, y mandó, que la ejecutase. Por la tarde dió orden el devoto Cid, para que todos se previniesen; y que al oír la señal, acudiesen los Christianos á disponerse con los Sacramentos de la Penitencia, y Sagrada Comunion. El Obispo cantó la Misa en la Iglesia de San Pedro; y deseando este gran Prelado pelear por la Fé de Jesu-Christo, pidió al Cid, que le dejase ir en la vanguardia.

Comenzaron á salir por la puerta de la Culebra, llevando la vadera Pedro Bermudez; y antes de ser de dia salieron de la estrechez de las huertas. Quando los Africanos vieron á los Valencianos en el campo, procuraron armarse, y ponerse en forma á toda prisa. El Cid, y el Obispo á su lado, dieron de manera sobre los enemigos, que el Campeador con su grande arte desordenó presto los primeros esquadrones, dejando en tierra á muchos sin vida. Los Moros, como eran tan-

tos, iban cercando á los nuestros; pero el Cid, apellidando á Santiago, procuró esforzar á los suyos. En esto salió Alvar Fañez para acometerlos por el costado. Los Moros al verlos juzgaron, que nuevo Ejercito daba tras ellos, con que aturridos comenzaron á huir; y los Christianos, cobrando nuevo ánimo, fueron en seguimiento hasta el Castillo de Torrevera. Marchó el Cid tambien en el seguimiento, y dando alcance al Rey Juceph, le sacudió tres golpes, segun dice la Historia General; pero libróse de la muerte por haverse cansado el cavallo Baviaca del Cid. La victoria fue tan gloriosa, que de los cinquenta mil Cavalleros Moros, solo quinze mil, que se embarcaron en las naves, bolveron á su tierra. Juceph salió tan quebrantado de la batalla, que no le quedaron brios para bolver otra vez á España.

Vencida la pelea, los nuestrs bolveron á recoger el sueldo de la victoria, que fue tanto, que no se halló tasa á su mucho precio, y estimacion: y sin duda que fue mucha la riqueza que fue hallada en el campo; porque el Moro trajo mas vanderas en su Ejercito, que Cavalleros tenia el Ejercito del Cid. Hallaron preso en la tienda del Rey Juceph á Alvaro Salvadores, de que se alegraron mucho los Castellanos, y en la misma tienda se encontró el escaño de marfil con la espada que llamaban la Tizona. Luego el Cid lo primero que mandò á sus Soldados fue, que diesen gracias á Dios, y á su Santissima Madre, que les huviese favorecido tanto en tan gloriosa victoria, que á no ser por su favor, y patrocinio, hallaba por imposible el vencer á tan innumerable Morisma.

Despues procuró el Cid hacer participante á su Rey de lo que ganaba con su sudor, como si huviera sido el

el Vasallo mas favorecido. Determinò , que Alvar Fañez, y Pedro Bermudez viniesen á Castilla , y que trajesen á Don Alonso trescientos cavallos ricamente enjaezados, y pendientes de los arzones otros tantos alfanges Moriscos. Tomaron el camino de Valladolid , donde estaba el Rey Don Alonso , y este , noticioso del presente que le enviaba el Cid , envió á decir à los Mensageros , que no entrasen en la Ciudad hasta otro dia , porque gustaba de verlos en el campo. Salió el Rey acompañado de la Nobleza. Alvar Fañez , y Pedro Bermudez , al ver al Rey , se apearon luego , mas el Rey les envió à decir, que bolviesen luego á montar , que deseaba verlos á cavallo. Pasaron primero delante del Rey los trescientos cavallos , que llevaban de la rienda otros tantos Donceles. A estos se seguian los Pages de los Cavalleros puestos en sus cavallos , y con las armas en la mano ; y despues Alvar Fañez , y Pedro Bermudez , asistidos de sus Compañias ; y en el ultimo lugar doscientos Soldados con sus picas levantadas. *2.º*

Habiendo tenido el Rey el gusto que se deja entender en verlos caminar en esta forma, se apearon Alvar Fañez , y Pedro Bermudez , y besaron la mano á su Magestad en nombre del Cid , y comenzaron à referirle la maravillosa victoria que havia conseguido del Miramamolin de Marruecos , y que del quinto que le havia tocado remitia los trescientos cavallos en la forma que havian pasado. Viendo Alvar Fañez , que se havia admirado el Rey se huviese conseguido tan gloriosa batalla , y que hacia grande aprecio del rico presente que le enviaba , considerando , que en enviarle no havia lugar à discurrir otro motivo , que el de su grande fidelidad , pues yá tenia en Valencia toda su familia , dixo Alvar Fañez : Señor , aun os remite la rica tienda que

dejó en el campo el Rey Juceph. El Rey mandó, que la descogiesen, y armasen; y haviendola visto por afuera, se apeó del cavallo para verla por dentro. Alabóla mucho, y bolvió á dár muestras de que estaba muy agradecido del Cid, dando orden, que aposentasen à Alvar Fañez, y Pedro Bermudez con todo regalo, y asistencia hasta bolver à Valencia.

El Rey Bucar tomó por empeño el vengar el descredito de la batalla pasada, tomando tan à pechos esta empresa, que procuró juntar quantos Principes, y Soldados pudo sacar de todos los dominios de su hermano Juceph Miramamolín de Africa. Juntaronse (según dice Giliberto, Historiador de los Reyes Moros de Africa) veinte y nueve Reyes, sin los Capitanes que venian en el Ejercito. Junta esta sobervia Armada, desembarcó en la Playa de Valencia. Sabedor el Cid del aparato grande con que venia el Rey Bucar, procuró prevenir su gente para triunfar del Moro. Haviendo llegado al campo que llaman del Quarto, hicieron en él su asiento, y armaron cinco mil tiendas de seña, y otra infinidad de Soldados particulares. Desde el Quarto envió el Rey Bucar al Cid un Mensagero, llamado Jamet. El Cid mandó, que entrase, y el Moro al vér à Rodrigo Diaz sentado en su asiento, quedó tan pasmado, y aturdido, que no pudo hablar palabra. Havia Dios puesto en el Cid tal severidad contra los Moros, que à la primera vista, y quando se ponía severo, à todos dejaba pasmados.

Mudó el Cid de semblante, y le dixo, que propusiese las razones de su Embajada. Recobrado, dixo: *Señor Cid Campeador, el Rey Bucar me envia á decir, que le teneis muy enojado, porque le teneis à Valencia, que havia sido de sus Abuelos, y porque desvaratasteis à su hermano el*

Rey Juceph : que se halla en el campo del Quarto con veinte y nueve Reyes , para tomar venganza , y recobrar su Reyno de Valencia á pesar vuestro , y de vuestros Soldados. Mas por que tiene entendido , que sois Cavallero discreto , y atentó , dice , que se contenta con que le dejéis á Valencia , y que asegura daros paso franco , para que podáis caminar á Castilla con vuestros Soldados , bienes , y hacienda ; y que si no lo ejecutais asi , hará en vos tal escarmiento , que quede por proverbio entre los Christianos el castigo.

Mucho sintió el Cid los fieros , y amenazas del Moro ; pero sin explicar el menor susto , bolviendo á ponerse severo , le dixo : *Andad , y no os detengais. Decid á vuestro amo , que he comprado á Valencia á costa de mucho sudor mio , de mis nobles Cavalleros , y mis esforzados Soldados ; y que quien la supo ganar , la sabrá tambien defender ; y añádid , que no esperaré á que me defiendan las paredes , y torres de los muros , que quando vuestro amo no quisiere pelear , yo saldré á buscarle al campo ; porque no me han acobardado , ni me acorbadarán quantos turbantes puedan venir de la Morisma. Andad , y no me bolvais otra vez con semejante Embajada.* Maravillóse el Rey Bucar de la respuesta , y trató de pasar á poner el sitio á la Ciudad.

El Cid trató de disponer su gente , para salir al Campo otro dia de madrugada. Haviendo confesado , y comulgado los Christianos , como acostumbra el devoto Rodrigo Diaz ejecutasen todos antes de entrar en las batallas , antes de rayar el Alva salieron de Valencia á encontrarse con los enemigos. Y á vista de los Moros , compuso su Ejercito en esta forma : Fió la Vanguardia de Alvar Fañez , asistido de quinientos cavallos , y mil y quinientos Peones ; y en la diestra puso á Martin Antolinez , y á Alvaro Salvadores con otros tantos de á cavallo , y de á pie. En la izquierda (de que no hace mencion la

Chronica manuscrita del Cid) puso al Obispo D. Geronimo, como dice la Historia General, con seiscientos Caballeros, y mil y seiscientos infantes; y el Cid acompañado de los Infantes de Carrion (que havian pasado á militar debajo de la vanderá del Campeador, y con animo de pedirle sus hijas por esposas) asistido de mil Caballeros, armados de cota de malla, y de dos mil y quinientos infantes.

Dispuesto el Ejército de esta forma, se enderezó al Ejército de los Moros, y dando sobre ellos por diferentes partes, sobre no estar los Moros desordenados, los enredó de modo, que hizo, que unos á otros se embarazasen, y confundiesen. El Cid, como gran Maestro en el Arte Militar, ponía gran cuidado en desquadrar, y confundir el Ejército enemigo. Al ver el Cid desordenadas las primeras líneas, acudió á la parte que mas havia perdido el tino, en la qual hizo tal destrozo, que comenzaron algunos á bolver las espaldas: pero como eran tantos, prosiguieron otros con la batalla, que duró hasta las tres de la tarde: pero por ultimo venció el Cid. Fueron los nuestros en su seguimiento, y alcanzando el Campeador á ver al Rey Bucar, picó su cavallo, con animo de alcanzarle: mas no pudiendo, al entrar en el bajel le tiró la espada, con que le hirió en las espaldas.

Murieron en esta batalla muchos de los nuestros: pero sin comparacion fueron muchos mas los que murieron del Ejército enemigo. La Historia General no señala el número; la Chronica del Cid llegó á contar diez y siete mil; y dice que fueron muchos mas los que murieron en la retirada, y ahogados en el mar, por lo mucho que temian la espada que los seguia. De los veinte y nueve Reyes quedaron muertos los doce. El

Obispo de Palencia Don Rodrigo Sanchez, alegando los Anales escritos en aquel tiempo, que hablan de esta batalla, dice, que murieron mas de treinta mil Moros, sin contar los que fueron ahogados, y otros muchos que quedaron cautivos. Los despojos fueron muchisimos, y muy ricos, con que tambien cumplimentó el Cid al Rey Don Alonso, á quien siempre miraba como á su Principe Soberano. Con esta batalla quedaron los Moros tan escarmentados, que hasta despues de mucho tiempo no bolvieron á inquietar al Cid, y gozó desde entonces en paz de su Ciudad de Valencia, dandose todo á su buen gobierno, y á esmerarse en las cosas de Dios, y de sus Iglesias.

Estaban yá en sumo sosiego, y paz, quando los Infantes de Carrion pidieron al Cid sus hijas para casarse con ellas. Andan muy varios los Autores sobre estos casamientos, y los lances que ocurrieron despues de casados; pero yo lo referiré todo segun lo cuentan las Historias que empiezan por D. Ramiro, y D. Fruela, segundos de estos nombres, porque he advertido, que trabajaron en discernir los sucesos historicos, expurgandolos de las fantasías de los cópleros, donde se amontonan mil fabulas, que como hemos dicho, son muy perjudiciales á las gentes, y por eso se han vedado con justisima razon las Historietas, y Romances antiguos por superior precepto.

Los Infantes de Carrion, para emprender su pretension, se valieron del Rey Don Alonso, para que se interesase con el Cid. Pensó en ello el Rey, y les dixo, que sus intentos mas eran para tratados con Rodrigo Díaz de Vivar, pues conocian su entereza, que con su persona, sin embargo, le daré aviso de vuestros deseos, y le enviaré á decir, que se vea con-

mi-

migo en Toledo. El Cid, informado de los Mensajeros, les preguntó: Qué les parecia? Respondieron, que en el caso no podian dar consejo, que como padre ejecutase lo que le pareciese mas conveniente; con que dixo el Cid: *Los Infantes de Carrion son omes Fijosdalgo, é muy lozanos, é aun mucho parientes, é por ende me placera.* Dispuso luego el pasar à Toledo, donde el Rey le esperaba; y avisado este de que el Cid estaba cerca, le salió à recibir, y luego que vió al Rey Rodrigo Diaz se apeó de su cavallo, y se echó al suelo para besarle los pies: que tan humilde era este grande hombre, que veneraba á su Monarca con mucho, y Christiano rendimiento. El Rey le dixo: Levantaos arriba Cid, que no gusto me beseis los pies. Instaba el Cid; pero el Rey, alargando la mano, dixo: Besad solo la mano, y así os recibiré en mi amistad. Señor, respondió el Cid, rogadme vuestro amor, y de modo, que todos los presentes lo lleguen á entender: de que todos se alegraron, excepto el Conde Garcia Ordoñez, y Alvaro Diaz, que eran sus enemigos.

El Rey llevó al Cid á Palacio, y le tuvo aquel dia por huésped. Al dia siguiente llamó el Rey al Cid, y le dixo: *Rodrigo Diaz, por dos cosas os he llamado: La primera para veros, porque hago de vuestra persona mucha estimacion, y os agradezco los singulares servicios que me habeis hecho, movido unicamente de vuestro honrado proceder: La segunda es, porque deseo acomodar á vuestras hijas con los Infantes de Carrion, en que parece, que no ván á perder nada, pues son de igual calidad.* Respondió el Cid: *Yo soy su padre, V. M. es Señor, y Rey, mas ellas, y yo estamos rendidos á vuestras ordenes; y así, el gusto de V. M. será el nuestro.* Al oír el Rey la respues-

ta, mandó á los Infantes, que fuesen á besar la mano á Rodrigo Diaz. Dixo asimismo á Alvar Fañez, que en su nombre hiciese la funcion de padrino, y ofreció trescientos marcos de plata para los gastos. Hechos los conciertos, y el Cid habiendo presentado al Rey treinta cavallos enjaezados ricamente, se bolverió á Valencia con los Infantes, donde se casaron, habiendo tenido unas magnificas fiestas: y á los Cavalleros, á quienes havia sacado el Cid licencia de Don Alon^{so} para que pasasen á verlas, al despedirse del Cid para bolverse á Castilla, los agasajó con ricos presentes.

A los dos años que los Infantes estaban en Valencia, sucedió, que estando el Cid reposando la siesta, se soltó un Leon de la leonera, y subió donde estaban los señores. Al verle suelto se asustaron todos. El Infante Don Diego procuró esconderse detrás del estrado donde el Cid tenia su asiento, y el Infante Don Fernando se retiró huyendo detrás de la viga que servia de prensa del lagar. Los Cavalleros acudieron al quarto donde reposaba el Cid. Despertó al ruido, y al preguntar la causa de haver entrado à su aposento, respondieron: Señor, el Leon se ha salido de la red de hierro, y nos ha puesto en gran susto. Levantóse el Cid, y encerró al Leon en la jaula en que le havian criado. Preguntó por los yernos; pero aunque oyeron que los llamaban, de miedo no se dieron por entendidos, ni huvieran salido fuera, si no les huvieran asegurado, que yá estaba cerrado el Leon.

Quando vieron, que salian perdido el color del susto, los Cavalleros comenzaron á darles chasco por el valor, que havian mostrado al ver el

Leon. El Cid se puso de parte de los Infantes; pero no por eso dejaron de sospechar, que se discurrió la soltura del Leon para zumbarse de ellos, de que recibieron grande sentimiento. Disimularon por entonces, hasta que yá pasados algunos meses, pidieron licencia al Cid, para marchar con sus mugeres á Carrion. Concedioselo Rodrigo Diaz, habiendolos regalado con preciosas alhajas de vestidos de oro, y de plata, con una rica bajilla, y muy alentados cavallos. Salióles á despedir el Cid, acompañado de sus principales Cavallos: pero habiendo reconocido, que el genio de los Infantes no correspondía á su nobleza, encargó á Felix Muñoz, que fuese acompañando á los Infantes hasta Carrion, y que notase como se portaban con sus hijas.

Habiendo pasado por Albarracin, y Medina-Cæli, y tomado el camino que está entre Atienza, y San Estevan de Gormaz, llegaron al Robledo de Cortes, donde hicieron noche. Otro dia dieron orden á la compañía, que marchase adelante, y quedándose los Infantes con sus mugeres, las desnudaron, las ajaron, y golpearon de modo, que las dejaron por muertas. Felix Muñoz entró en sospecha, que los Infantes no se havian quedado por bien en la posada del Robledo, con que dió la buelta algo apartado del camino, y de modo, que llegó á percibir, que se iban alabando de los desafueros que havian ejecutado en las hijas del Cid. Felix Muñoz los dejó pasar adelante, y se dirigió á la posada donde quedaban sus primas. Al verlas tan aflijidas, procuró consolarlas, y animarlas para marchar luego de allí, temeroso de que echandole menos en la

la compañía que iba adelante, diesen la buelta, y pasasen á executar otra accion peor. Las Señoras se esforzaron de modo, que otro dia llegaron por camino extraviado á la Torre de Doña Urraca, que estaba en la Ribera del Duero. Dejando á sus primas alli, marchó á San Estevan de Gormaz, donde vivia Diego Tellez, Vasallo que havia sido de Alvar Fañez, y contóle el fracaso que havia sucedido con las hijas del Cid.

Luego al punto dispuso vestidos, y cavallerias, con que fueron los dos á la Torre de Doña Urraca, y las trajeron á San Estevan, y la gente principal las salió á recibir, agasajandolas con quanto necesitaron. Divulgòse el suceso de modo por toda la tierra, que en breve tiempo llegó á oídos del Rey Don Alonso, de que recibió gran pesar. No tardó en llegar la noticia á Valencia, y el Cid, que lo sintió mucho, protestó, que los Infantes no se havian de alabar de la accion. Despachó luego á Alvar Fañez, á Pedro Bermudez, y á Martin Antolínez con doscientos cavallos, para que le trajesen á sus hijas. Llegaron á San Estevan, y hallaron á sus primas ya buenas, y sanas. Alvar Fañez dió las gracias á los de San Estevan por la urbanidad con que se havian portado. Otro dia salieron, ò tomaron el camino para Valencia; y estando ya cerca de la Ciudad, salió el Cid á recibirlas, y luego que las vió las consoló, diciendo, que por su quenta corria la satisfaccion de las injurias que havian recibido de los Infantes de Carrion.

Envió pronto el Cid á Nuño Gustios á Castilla á informar al Rey Don Alonso del hecho, diciendole, que no corria tanto por quenta suya el desagravio,

aunque era padre , quanto por la de su Magestad. A que respondió el Rey , que estaba resuelto á juntar Cortes en Toledo , y hacer , que concurrieran á ellas los Infantes , para que se viese , y sentenciase la causa. Tenidas las Cortes , y sentenciados los Infantes á devolver las alhajas , y dineros al Cid que les havia dado , este les retó por la alevosía que ejecutaron en maltratar , y desamparar á sus hijas. El Rey admitió el desafio , decretando , que Pedro Bermudez , y Martin Antolinez saliesen al campo con los Infantes. El mismo Rey Don Alonso por su persona introdujo en el campo , como padrino , á los Cavalleros del Campeador , y los Infantes entraron en él asistidos de los parientes , y amigos. Empezóse la lid , y habiendo lidiado unos y otros con grande valor , al fin , viendose muy mal heridos , y maltratados los Infantes , se dieron por vencidos. Concluida la batalla , entró el Rey acompañado de muchos Nobles , y preguntó á los Jueces , si los Cavalleros del Cid havian ganado el campo ? Respondieron , que havian vencido como Soldados instruidos por el célebre Campeador. Viendo el Rey , que todos á una voz decian lo mismo , declaró por alevosos , infames , y de poca honra á los Infantes , y mandó á su Mayordomo , que los despojase de los cavallos , y armas ; y á los Cavalleros del Cid despachó muy agasajados para Valencia , asistidos de sus Soldados hasta ponerlos fuera de sus dominios , para que no hiciesen los parientes , y amigos de los Infantes con ellos alguna ruindad. Esto es en suma lo que trae la Historia General , la de Vivar , y la Chronica del Cid.

Quando el Rey Don Alonso estaba decretando el

desa-

desafio ; y que Pedro Bermudez , y Martin Antolinez saliesen al campo con los Infantes llegaron dos Cavalleros , llamados Ochoa Perez , y Inigo Ximenez , en nombre del Infante de Navarra , y del Infante de Aragon á pedir por mugeres á las hijas del Cid. Celebróse con grande regocijo esta Embajada en Toledo ; y con gran gusto del Rey Don Alonso , del Cid , y demás Señores , se otorgó quanto en ella se pedia , porque Rodrigo Diaz havia bajado á Toledo á proponer su queja , y á hacer el reto. Causarán novedad estos segundos casamientos ; pero atendiendo á los muchos repudios matrimoniales que ocurrían en aquellos tiempos , segun los expresa Berganza , defendiendo este caso , no hay dificultad. Además que dice , como el Obispo Don Geronymo , informado de que los Infantes , y las hijas del Cid eran parientes por parte de las madres , pudo declarar por nulos semejantes casamientos. Vease á Berganza , tomo 1. lib. 5. cap. 27. num. 334. hasta 340. Asistió el Rey Don Alonso , y el Cid á la lid , y preguntando este al Rey , que donde gustaba , que él , y sus Cavalleros tomasen asiento , respondió D. Alonso , segun refiere el Obispo de Palencia Don Rodrigo Sanchez : *Son tan grandes vuestros meritos , Rodrigo Diaz , que convenia , que los dos tuviesemos un asiento ; porque el que vence Reyes con los Reyes se debe sentar : y asi determino , que en adelante vuestro asiento esté contiguo , é inmediato al Trono Real.*

Los Infantes de Carrion , viendose deshonorados , se retiraron á Asturias , como consta del Padre Carvallo en la Historia de las Asturias por estas palabras. „ Afren-
 „ tados los Condes con el sentimiento de su infamia , se
 „ metieron por estas montañas de Asturias , donde te-
 „ nian

„ nian muchos parientes, y entre ellos uno muy prin-
 „ cipal, que era el Conde Don Suero, hijo de Doña
 „ Christina Alfonso, hermana de madre de los Con-
 „ des. Vivía este Cavallero lo mas del tiempo en el
 „ Palacio de Senra, junto al Monasterio de Benitos de
 „ Cornellana; y compadeciendose de sus primos, les
 „ edificó una Torre, pegada al mismo Monasterio,
 „ que hasta hoy dura, donde tienen su aposento los
 „ Abades. En esta Torre dió orden el Conde Don Sue-
 „ ro, que viviesen, y pasasen su vida en compañía
 „ de los Religiosos de aquella Santa Casa, que él iba
 „ reedificando; y les probeyó de todo lo necesario
 „ mientras vivieron; y en muriendo los enterró en
 „ la misma Iglesia en un Sepulcro de piedra harto
 „ grande, y ancho, para caber dos cuerpos pareidos
 „ segun hoy le vemos sobre Leones de piedra al la-
 „ do del Evangelio junto à las primeras gradas que
 „ suben al Altar Mayor. „

Buelto el Cid á Valencia, y casadas yá sus hijas
 con los Infantes de Navarra, y Aragon, procuró en
 quanto le daban los enemigos lugar, servir á su Dios,
 y mantener en paz sus Estados por medio de sus mas
 confidentes Capitanes. Pasados cinco años despues
 que ganó á Valencia, tuvo aviso de que el Rey Bu-
 car, sentido de las derrotas pasadas, ponía todo
 esfuerzo en juntar quanta gente podia del Africa,
 principalmente de la Berbería, que comprehende
 los seis Reynos de Barca, Tripoli, Tunez, Argél, Fèz,
 y Marruecos. Haviendose certificado, que estaba yá
 para embarcarse el Moro, dió orden, que quantos
 Moros havia en Valencia saliesen á vivir en el Alcu-
 dia. Desvelado una noche el Cid sobre discurrir,
 qué medios pondria para vencer al Africano, vió

una gran claridad, y percibió en ella un maravilloso olor, y en medio del resplandor se le apareció una persona de aspecto venerable, de cabello crespo, de vestiduras blancas, y que tenia unas llaves en la mano, quien le dixo, que era Pedro, Principe de los Apostoles: mas que le venia á avisar, no de lo que pensaba sobre vencer al Rey Bucar, sino que dentro de treinta dias havia de pasar de esta vida á la eterna. Dixo tambien el Sagrado Apostol: Hagote saber, como tu gente vencerá al Rey Bucar despues de tu muerte por honra de tu cuerpo, y los tuyos alcanzarán esta victoria con favor de Santiago Apostol; y así tu trata de hacer penitencia de tus pecados, para conseguir la salud eterna, que Jesu-Christo te concede por mi intercesion, y por lo mucho que me has honrado en el Monasterio de Cardena. Al oír el Cid á San Pedro, se iba á arrojar de la cama, para besar los pies al Santo Apostol, á que no dió lugar el Santo; porque habiendo buuelto á asegurarle de lo dicho, se desapareció, dejando en el Palacio señales de celestial aparicion. Hasta aqui el ingenioso Historiador Berganza en su Historia de las Antigüedades de España.

Prosigue el mismo Autor con lo acontecido despues. Asegurado Rodrigo Diaz, de que era muy cierta la aparicion, mandó llamar por la mañana á las principales personas del Alcazar, y con lagrimas de devocion, y palabras de grande afecto les dixo: Pacientes, y amigos míos, muy leales, honrados, bien sabeis, como el Rey Don Alonso me desterró repetidas veces, y los mas de vosotros de vuestra bella gracia me haveis acompañado, y favorecido, defendiendo mi persona. Dios por su grande misericordia ha mirado por nosotros,

tros, y nos ha dado valor para vencer muchas batallas de Moros. Conozco, que me ayudasteis á ganar, y mantener á Valencia: pero sin embargo, deseo que esta Ciudad no reconozca á otro Señor que á Don Alonso, mi Rey natural. Hallome yá en los ultimos dias de mi vida. Siete noches há, que en sueños se me representan mi padre Diego Laynez, y mi hijo Diego Rodriguez, y me dicen, que hé vivido bastante tiempo en este Mundo, y que yá es hora de ir á la Corte Celestial. No diera credito á estos sueños, si por otra parte no estuviera certificado; y asi os digo, que en esta noche el Apostol San Pedro me aseguró, que havia de morir dentro de treinta dias. No ignorais, que el Rey Bucar viene contra Valencia armado de un innumerable Ejercito, capitaneado de treinta y seis Reyes Moros. Mirad, si os hallais con animo de defender á Valencia, y con valor para pelear contra tan poderoso enemigo: pero no temais, que yo os informaré del modo, como vencereis, y conseguireis grande honra, segun me dixo mi Abogado el Santo Apostol.

Sintiendose yá el Cid indispuerto, dió orden, que cerrasen todas las puertas de la Ciudad, para ir á la Iglesia de San Pedro en compañía del Obispo Don Garonymo, y de los demás principales Cavalleros, para despedirse publicamente de todos. Hallandose yá en la Iglesia, estando en pie, les dixo: *Parientes, y amigos mios, bien sabeis, que la muerte es tributo que todos hemos de pagar; y asi os digo, que yá me están ejecutando por él. Tambien os digo, que mi cuerpo nunca fue vencido, ni vilipendiado por especial favor del Cielo; y asi os encargo, que le defendais, quando le viereis muerto, del modo, y forma, que os dirán el Obispo*

Don

Don Geronymo, Alvar Fañez, y Pedro Bermudez. Haviendo dicho esto, se retiró con el Obispo D. Geronymo, y puesto de rodillas, se confesó generalmente de todos sus excesos, y pecados. Hecha la Confesion, se despidió de todos con demostracion del grande afecto que les tenia, y se retiró al Alcazar (estaba este donde el Marques de Moya tiene hoy su Palacio) y se echó en cama, de donde no se bolvió à levantar.

El dia antes que muriese, mandó el Cid llamar al Obispo Don Geronymo, á Doña Ximena, Alvar Fañez, Pedro Bermudez, y á Gil Diaz, para prevenirles como havian de lavar, ungir, y embalsamar su cuerpo, y explicó, dando muchas gracias à Dios, que estaba en inteligencia, de que tenia limpio el interior de su alma, para recibir el Cuerpo de Christo por Viatico, en el dia en que havia de morir. Encargó mucho á Doña Ximena, y à las demás Señoras de Palacio, que de ningun modo hiciesen demostraciones esteriorres de sentimiento; antes bien, que en el dia que llegase el enemigo á poner sitio á la Ciudad, subiesen quantas personas pudiesen á las Murallas, y se mostrasen alegres, y festivas. En el ultimo dia por la mañana el Obispo, Doña Ximena, y los demás de su mayor confianza, acudieron á visitar al Cid, quien considerando en el dia final de su vida, dispuso su Testamento, en que hizo grandes mandas á Iglesias, y Hospitales. Llegada la hora de Sexta (que es á las doce del dia) pidió al Obispo le trajese el Sacramento de la Eucharistia, que recibió muy devoto, puesto de rodillas fuera de la cama, y derramando muchas lagrimas. Bolvieronle á la cama, y en ella, implorando el auxilio de Dios, Maria Santissima, y la intercesion de San Pedro, dixo

esta Oracion: Señor Jesu. Christo, tuyo es el Poder, el Querer, y Saber: tuyos son los Reynos, porque tu eres sobre todos los Reyes, y sobre todas las gentes; y Señor, pidote por merced, que la mi alma sea puesta en la Luz eterna. Al acabar de pronunciar estas palabras, entregó su alma sin mancilla al Criador.

A los tres días que era muerto el Cid, llegó el Rey Bucar al Puerto de Valencia, acompañado de treinta y seis Reyes, y de innumerable Ejército. En él venia una Mora negra, asistida de doscientos Moros de su Region. Mandó luego el Rey Bucar, que pasasen á asentar en la circunferencia de la Ciudad las tiendas, que cumplieran el numero de quince mil, y dió orden, que la Mora con su Compañia se arrimase á los Muros. Otro día comenzaron á combatir la Ciudad, y prosiguieron con grande esfuerzo por espacio de ocho días, en que fueron muertos muchos Moros. Viendo el Rey Bucar, que que no salia el Cid como solia, luego que se veia cercado, sospecharon todos, que estaba ocupado del miedo; con que determinaron levantar Bastidas para el asalto. Referiré todo el suceso, arreglado al Historiador Berganza, que como tan ingenioso, procuró purgarle de las muchas fabulas, con que le trahe otras Historietas, diciendo, que el Cid salió á caballo contra los Moros, y luego que le vieron, empezaron á huir, lo qual es falso; pues quando se dió la batalla, yá el Cid, muerto, iba caminando á Castilla en compañía de Doña Ximena, y otros.

Haviendo los Christianos hecho las prevenciones necesarias para venirse á Castilla, y Gil Diaz dispuesto el Cadaver del Cid en la forma que dexó ordena-

nado, es à saber: De medio cuerpo arriba hasta la garganta entre dos tablas cóncavas muy ajustadas, y aseguradas á la silla del cavallo, de modo, que no pudiesen doblarse à una y otra parte: à la media noche del dia doce, despues que Bucar aportó a Valencia, comenzaron á salir los Christianos por la puerta de Roseros, que es la que mira á Castilla, en esta forma: Salió el primero Pedro Bermudez, como Alferez, acompañado de quinientos Cavalleros valerosos, que iban abriendo el camino á las Ace milas, que llevaban lo mas precioso que havian adquirido con su valor. Seguianse otros quinientos Cavalleros delante de Doña Ximena, y su familia, y otros seiscientos, que guardaban las espaldas. Despues iba el Cadaver del Cid armado en su cavallo con el brazo levantado, empuñando la espada Tizona, los ojos abiertos, y el color del rostro tan fresco, como si estuviera vivo, y à sus lados el Obispo Don Geronymo, y Gil Diaz, y estos en medio de los cien Cavalleros mas esforzados.

Yá que el dia havia esclarecido, Alvar Fañez, dispuestos sus Esquadrones, que se compondrian de los Soldados que le havian quedado, y de los que havian buuelto, dejando en salvo el Cadaver, y la familia del Cid, acometió á las tiendas de la Mora Negra, en que hizo tal estrago, que del primer impetu dejó muertos ciento y cinquenta Moros. Esta Mora era tan diestra en arrojar saetas con el arco turquesco, que la llamaban *Megemia Turquia*, que quiere decir *Estrella de los Arqueros de Turquia*. Esta Mora hizo algun daño en los Christianos, pero costóla la vida. Los demás Moros de

la compañía aturridos , comenzaron á huir acia la mar, llevando tras sí otros. El Rey Bucar, y los demás Reyezuelos, sin saber lo que les sucedia, al salir de las tiendas, vieron, que venian de la parte del mar mas de sesenta mil Cavalleros con uniformes blancos, y por Capitan de ellos un Cavallero de grande estatura, con un Estandarte blanco en la mano izquierda, y en él la insignia de la Cruz colorada; y en la diestra una espada, que parecia de fuego, con la qual dejó muertos muchos Moros.

Atemorizado el Rey Bucar, bolvió la rienda al cavallo, y con él los suyos, y tras ellos los Soldados del Cid matando á quantos daban alcance. Dieronles tanta prisa á embarcarse, que murieron ahogados mas de veinte mil Moros, y entre ellos veinte y dos Reyes. El Rey Bucar con los que escaparon con vida marchò á Africa tan escarmentado, que no le bolvió á dár gana de bolver á Valencia. Alvar Fañez, con sus Soldados, bolviéron al campo, donde hallaron tan preciosos despojos, que todos quedaron poderosos, y ricos. Y habiendo escogido las mas preciosas alhajas, dieron la buelta ácia donde iba el Cid, y su Comitiva, que yendo á su paso regular, esperaron dos leguas de Valencia. Hasta aquí Berganza, que lo traduxo de la Historia manuscrita del Cid, que se halla en el Archivo de Cardena, y la trae en sus obras trasladada, segun el lenguaje antiguo. Y dice, que se consiguió esta milagrosa Victoria, conforme á la quenta que lleva, en once de Junio, dia de San Bernabé, un mes antes, que los Christianos milagrosamente gasasen la Ciudad Santa de Jerusalén. Además de este Historiador,

la refieren otros, y con especialidad el Arzobispo Don Rodrigo, que dexó anotadas la destreza, diligencia, y fidelidad, con que le trajeron á Cardena al Cid.

Al llegar á Salvacañete, dieron aviso de la muerte del Cid, y de las disposiciones con que le trahian al Rey Don Alonso, á los yernos, Principes de Aragon, y de Navarra, como tambien á otros parientes, y amigos, que luego que lo supieron, salieron á varias partes del camino á encontrarse con el Cid. A Osma salió el Principe de Aragon, y su muger Doña Maria, con mucho acompañamiento, y demostraciones de sentimiento, con vestidos de luto. Y del mismo modo llegaron á San Estevan de Gormaz el Principe Don Ramiro de Navarra, con su muger Doña Elvira: mas Doña Ximena como varonil, procuró templar el sentimiento de sus hijos, diciendoles, que su padre havia dejado dispuesto, que ninguno explicase pesares, y sentimientos por su muerte. Desde aqui, todos juntos vinieron á San Pedro de Cardena, donde acudió mucha gente de toda Castilla, y Rioja; y todos se pasmaban, que el Cadaver del Cid tuviese el semblante tan terso como quando estaba vivo.

Al llegar el Cid á San Christoval de Ibeas, legua y media de Cardena, llegó el Rey Don Alonso, que venia á jornadas tiradas, por hallarse al Entierro del Cid. Quando los Infantes de Aragon, y Navarra supieron, que llegaba cerca, salieron á recibirle, y les mostró su grande sentimiento, dandoles, y dandose á sí mismo el pesame. Caminaron juntos, y juntos todos entraron en Cardena. Doña Ximena pidió al Rey, que no le enterrasen luego, supuesto estar embalsamado, y el color del rostro tan terso, y hermoso, para que le viesen to-

dos. Concedióselo su Magestad, y mandó traer el escudo de marfil, con que le havia regalado el Cid, y sentado en él, le pusieron al lado derecho del Altar Mayor, encima de un tablado dorado, y en él dibujadas las divisas del Rey de Castilla, de los Reyes de Navarra, y Aragon, y del Cid. Vistieron el Cadaver de los ricos paños, que el Sultan de Persia regaló al Cid, viviendo, que era una Purpura muy rica; y habiendole sentado, le ciñeron la espada Tizona à la mano izquierda.

Despues de tres semanas, que se cumplieron en las Exequias, con asistencia del Obispo Don Geronymo, y otros Señores Obispos, salieron de Cardena el Rey Don Alonso, y los Principes de Navarra, y Aragon, llevando consigo los Cavalleros del Cid à devocion de cada uno. Los mas, y los mas valerosos caminaron con el Rey Don Alonso. Quedaronse en el Monasterio Doña Ximena, el Obispo Don Geronymo, Alvar Fañez, y Pedro Bermudez, hasta haver dado cumplimiento al Testamento del Cid. Estuvo el Cid de la manera que dispuso el Rey Don Alonso diez años à vista de la mucha gente que acudia à verle de muchas partes del Reyno; y habiendo empezado à corromperse la punta de la nariz, se dió orden para sepultarle en un nicho al lado del Altar Mayor. Se han hecho varias traslaciones de su cuerpo; mas por ultimo, està hoy dia en un magnifico Sepulcro en medio de la hermosa Capilla de San Sisebuto, donde en sus paredes están los Panteones célebres de todos los parientes del Cid, que comprehenden los Reyes, y Grandes de Castilla, Leon, Aragon, y Navarra.

Doña Ximena pasó su viudéz en Cardena en las

mismas casas donde estuvo quando su marido salió últimamente desterrado de Castilla. Las Historias Antiguas se arriman á que vivió despues de tener al Cid en Cardaña quatro años; y en este tiempo continuamente se estaba esta buena Señora en la Iglesia delante de su marido el Cid; hasta que saliendo de esta vida, fue con él á gozar de los premios eternos en su dulce compañía; y hoy perseveran sus cuerpos juntos, como tan amantes en vida, y en muerte, en el referido Sepulcro.

En Capreol

FIN.

Don Domingo Ruiz de Anaya

y Don Gregorio Barcena

Don Juan Bar

Angulo Antonino

En Mirabech Abenda de Marzo

1638.38 Gregorio Barcena

la oilla blirna us of...
 -inna aivotiH I...
 biD la...
 -nans...
 -mente se...
 de su marido el Cid;...
 que con el a gozar de...
 compañía; y hoy...
 como tan amantes...
 recibiendo...
 fernando

Estos son de fernando
 en esta de murcia de su endosol de de
 de la qta de laño de 36 fernando
 natural de la villa de murcia

En... de...
 de partes de los...
 que se abren...
 y toda mi...
 Obia Casa es...
 soltero de casa...
 pagaseal y...
 los y...
 de mi...
 en que...
 ganando...
 de...
 pres...
 tiene...



